

## El Quijote navarro

VIDA Y AVENTURAS DEL BRIGADIER DE LOS EJERCITOS  
CARLISTAS, DON MARIANO LARUMBE

### II

#### CAPITULO IV

##### IV. EN LA CUNA DEL SANTO

*Estado en que se hallaba el castillo de Javier a mediados del siglo XIX.—Llega el nuevo administrador.—Recorriendo las dependencias.—Vida tranquila y señorial.—Una contestación oportuna.*

¡Javier! Alma de la tierra de Navarra que guarda en su seno tesoros de inmortales recuerdos. ¡Castillo de Javier! Cuna del más grande de los evangelizadores, vieja estampa que evoca la infancia del santo y que llena de inmenso cariño el corazón de sus paisanos.

¿Cómo se encontraba el castillo en la época en que allí llegó don Mariano? Estaba convertido en un descompuesto edificio destinado a pajares, granero, bodegas y demás dependencias propias de una casa de labranza. Ya no era aquel hermoso monumento militar de los siglos XIII al XVI, cuando el Cardenal Cisneros hizo demoler los castillos que como el de Javier eran reductos de los fieles servidores de los Soberanos de Navarra. Lamentable en verdad era el estado que presentaba. Abatido y desfigurado, desmochadas sus torres y cubiertas con prosaicos tejadillos; desigualmente perforados sus muros por ventanas que la necesidad o el capricho hizo abrir en diversas épocas, solamente pregonaba su pasada grandeza y sus timbres caballerescos el relieve heráldico que sobre su puerta principal pusieron los Jasso y los Azpilcueta. Ni el tiempo ni los hombres lo habían destruido o desfigurado como lo habían hecho con tantas otras cosas del castillo; allí permanecía inalterable, como símbolo de lo que aquel destartalado caserón había de ser al correr de los tiempos; meta de peregrinos a donde acudirían los navarros para copiar las virtudes e implorar el patrocinio del más grande misionero.

Es una mañana limpia de mayo sobre el tono pardo y oscuro de las tierras de Javier; uno de esos amaneceres claros con un azul de esperanza en que canta la primavera su égloga de luz.

Desde el azul radiante del cielo, el brillo dorado de un sol esplendoroso invade las cañadas y los riscos que rodean la sierra de Leyre. El ambiente se puebla de los más variados sonidos, trina el ruiseñor en el ramaje; algún labrador se dirige a sus faenas tarareando un aire regional, repite una cigarra sus monótonas estridencias, mientras allá lejos, en lo hondo del valle, el río Aragón que, lento y majestuoso fertiliza el terreno poblado de viñedos y trigales, canta en las presas y molinos con un arrullo suave que semeja el desmayado acento de las olas del mar.

Una yegua torda alarga sus brazos sobre los guijos del camino de herradura, angosto y desviado que desciende desde el alto de Vitoria hacia el castillo entre olivos y encinares. Es la única senda transitable que a la sazón existe —año 1866— para llegar desde Sangüesa a la villa de Javier. De jinete marcha un hombre en plena madurez, de continente marcial y porte distinguido. Su mirada fija en los mutilados torreones que divisa al doblar las últimas curvas del sendero y el afán con que espolea a la cabalgadura parecen indicar que algo acuciante le mueve.

Ha llegado al pueblo, y los lugareños le observan con esa cautelosa curiosidad tan característica de los aldeanos.

«Debe de ser el nuevo administrador del Sr. Conde» —insinuó una vieja en la ventana de una de las casucas de la plaza—.

Y a fe que no andaban descaminados los que tal cosa afirmaban, pues aquel desconocido personaje no era otro que el mismísimo don Mariano Larumbe, nuevo administrador del Conde de Guaqui en sus dominios de Javier.

Venía a conocer «de visu» su nueva residencia, y al mismo tiempo a efectuar algunas providencias para la instalación allí del resto de su familia.

Ya en la plaza, el primer saludo, como era natural, fue a la capilla, en cuyo altar mayor se veneraba una escultura de San Francisco Javier de tamaño mitad del natural, vestida de sobrepelliz, con el crucifijo en la mano derecha.

En la penumbra misteriosa y queda de la capilla el espíritu de Larumbe pareció sobrecogerse, ¡quien lo dijera!; él que se había hallado en trances tan formidables sin que se le alterara el pulso, él que había pasado indiferente ante el estruendo de la capital de España, sentíase afectado de cierta turbación en aquella iglesita aldeana ante la imagen humilde en la que parecía concentrar el ábside su escasa luz. ¿Qué le depararía el porvenir en su nuevo destino en aquel rincón de Navarra bastante lejano del pueblo que

le vio nacer? Y oró con fervor. Y se puso en las manos de Dios, rogando al Santo que intercediera por él y por los suyos.

Transcurrieron unos días, los suficientes para ultimar los aprestos para el traslado, hasta que una tarde de verano, mientras doraban las espigas, aquella corta familia tomaba posesión de su nuevo domicilio. Ambos esposos recorrieron con detención las dependencias de aquella casona que, si bien destartalada, reunía excelentes condiciones para el servicio de casa de labor a que se le destinaba.

A mano derecha de la entrada principal —de forma ojival— del castillo, en la planta baja, se encontraban el despacho y alcoba del administrador y más adelante, completando la media luna en la dirección del camino de ronda, la cocina, panadería, tres graneros, cárcel y la capilla, posterior a los tiempos del santo, como edificada en el siglo XVII. En el piso primero, sobre las habitaciones del administrador, estaban las de los criados y servidumbre del mismo, y en los sótanos, la destilería, bajo el despacho antes citado, el gallinero con una pequeña cuadra para el caballo y debajo de los graneros, la bodega que comunicaba con sus tres grandes lagos en la parte noroeste del edificio. La parte posterior estaba circundada por un muro almenado y con saeteras.

Doña Josefa escuchaba con interés las explicaciones que su marido le daba referentes al antiguo castillo. Su atención subió de grado cuando llegaron a la capilla, erigida en el mismo sitio en que el Santo vio su luz primera. Al penetrar por su puerta lateral, tropezaron sus ojos con la inscripción que en un tablero de fondo blanco, sobre dicha puerta decía así:

«Detén tu paso y reflexiona atento  
 Antes de penetrar estos umbrales,  
 Que vas a visitar un aposento  
 Que merece respetos celestiales.  
 Aquí nació Javier, aquel portento  
 Que en las Indias y playas orientales  
 Con un celo ferviente y nunca visto  
 Granjeó medio globo a Jesucristo.



JAVIER LARRÁYOZ ZARRANZ

Sin ejércitos, armas ni cañones  
Con la cruz en la mano y sus virtudes  
A belicosas bárbaras naciones  
Les cambió de feroces actitudes  
Transformando en cristianas las regiones  
Y al diablo aniquilando esclavitudes;  
Metamorfosis bella que a tal hombre  
Luego en el mundo dio divino nombre.

\* \* \*

En amor de Jesús su pecho ardía  
Y este fuego sagrado que abrigaba  
A correr todo el mundo le impelía  
Y a incendiarle con él se preparaba;  
Mas, isla de Sancián, tú viste el día  
En que un alma gozó lo que anhelaba  
Dejando a los mortales un ejemplo  
Digno de eterno bronce, fama y templo.»<sup>1</sup>

Ciertamente que eran ramplones los versos, pero la piedad de doña Josefa ni entendía ni quería saber de primores literarios y aquellas estrofas tenían la virtud de sublimar su espíritu con la mística contemplación de la santidad del Apóstol de las Indias.

Después, por la antigua escalera cuyas gradas despedían añoranzas de la vida del Apóstol, subieron al oratorio del Santo Cristo. Un mundo de evocaciones surgió al entrar en aquel pequeño recinto, en cuya vitrina del altar se vislumbran entre la penumbra del ambiente la imagen Crucifijo, joya antigua de la mansión.

En el silencio de aquella capillita, había llorado trescientos años hacía, doña María de Azpilcueta, la madre del santo, en los días azarosos cuando los reyes de Navarra salieron del reino y sus hijos mayores Migual y Juan de Jaso eran apresados en la villa de Maya. ¿Cómo iba a imaginar doña Josefa que también ella en aquel mismo oratorio, nicho de plegarias y remanso de penas y ante la misma hierática imagen ante la que la madre de San Francisco acudía en la época del dolor y de la ruina de sus haciendas, iba a postrarse para pedir al Señor amparo en los días en que habían de acechar a su Mariano tantos peligros cuando la condena a muerte y el destierro?

1 Esta inscripción quitóse de allí al edificarse la actual basílica en 1901.

Y comenzó la vida ordinaria en aquel nuevo hogar javierino. Don Mariano administraba los vastos dominios de Villahermosa con sus no escasos derechos y privilegios. Los rebaños trashumantes que atravesaban en su paso los términos de Javier y por el consiguiente pasto de hierbas pagaban y siguen aun pagando a los Señores del Castillo un pequeño impuesto. Lo que producía dicho «peaje» o derechos de paso y las rentas de las salinas se añadían a las procedentes del campo, huertos y viñedos.

En el castillo se hacía una vida religiosa y señorial; rezábase las oraciones de la mañana y de la tarde y el rosario en el oratorio al pie del viejo crucifijo. Durante el mes de agosto, cuando las pardas rocas de los alrededores de Javier despedían el calor recibido de un sol de fuego, en los tres graneros del castillo, los diez vecinos de la villa —diez labradores y el guarda— depositaban el trigo renta de todo el pueblo, ante la presencia de don Mariano, quien extendía los correspondientes recibos de la entrega.

En los días buenos prefería marchar cara a la sierra de Leyre absorbiendo con la vista el paisaje que el galope de su caballo le iba renovando. De regreso al castillo no cesaba de asombrarse viendo el orden y aseo que gracias al esmero de su esposa reinaba en todos los detalles de aquella inmensa mansión y cuando tras la refección ella replegaba la mesa, don Mariano le contaba los triviales sucesos del día. Cada párrafo tenía para ella un nuevo interés y complacía en enterarse en todo lo referente a la buena marcha del lugar. El, por su parte, escuchaba con deleite a su mujercita cuando le contaba lo que había hecho; cuántos huevos habían puesto las gallinas; la irrupción de algún cerdo o cabra forasteros que se habían introducido en el jardín por un boquete abierto en la empalizada; los nuevos vástagos que aparecían en el corral y las mil y una confidencias íntimas que completaban su felicidad.

Pero donde la charla se hacía con más fruición era al tratar de Joaquinito; su creciente desarrollo físico e intelectual completaba la bienandanza de ambos esposos.

Dos años más tarde, doña Isabel, la «Reina de los tristes destinos» caía destronada; y don Carlos con fecha 4 de noviembre de 1868 ascendía a don Mariano al grado de Brigadier.

CAPITULO V

V. PRELUDIOS DE TEMPESTAD

*Fiebre jacobina.—El caos se adueña de la nación.—Las Cortes Constituyentes votan la libertad de cultos.—Carlos VII llama a los buenos españoles.—Patética despedida.*

La revolución septembrina de 1868, marca el comienzo de una serie de atropellos y vejámenes para la Iglesia Católica en España.

Constituido el nuevo gobierno bajo la presidencia de Serrano, con Prim como ministro de Guerra y Sagasta en Gobernación, ya en 19 de octubre, Lorenzana, ministro de Estado, publicó un memorandum en que con el lenguaje liberal tan en uso en aquellos «padres de la patria» se esbozaba de manera nada equívoca al trato persecutorio que aguardaba a la Religión del Crucificado.

Después de anunciar la revolución que acababa de realizarse y las consecuencias que de ella habían de dimanar, arremetía contra la Iglesia diciendo que el pueblo español se proponía ganar el tiempo que le habían hecho perder «los bastardos intereses de la superstición; que el celo exagerado y el ardor de la fe que no razona salvan sin dificultad los límites que dividen la verdadera religión del fanatismo», y terminaba anunciando que «desaparecerían de nuestros códigos sanciones ilusas, no induciendo ya más las diferencias dogmáticas, incompatibilidades y exclusiones que rechazaba a voz en grito la conciencia de los pueblos libres».

A los pocos días —25 de octubre— el primer ministerio de la revolución daba a la luz pública un programa. Abundando en las mismas ideas que había expuesto el ministro de Estado, cantaba pomposamente las excelencias de la libertad.

Eran tales las ventajas ofrecidas por el manifiesto gubernamental que cualquiera hubiese creído que España iba a convertirse en una feliz Arcadia, digna de los ensueños de las mil y una noches.

Sin embargo la realidad se encargó de hacer ver lo utópico de aquellos planes; la revolución iba a experimentar las consecuencias de las premisas que ella misma había establecido. Roto en nombre de la libertad el dique contra las malas pasiones, la inflexible lógica de la rebelión empleaba contra el nuevo régimen todos los complots y golpes de mano con que aquél pretendía derrumbar las instituciones religiosas.

Perturbado el orden público en Cádiz, Sevilla, Tarragona, Badajoz y Orense, los desmanes de las turbas se propagaron como reguero de pólvora

a la casi totalidad de las poblaciones y asustado el gobierno ante el cariz de los sucesos se propuso —con el más ilógico proceder— ahogar en sangre la insurrección, llegándose a trabar luchas tremendas y encarnizadas como en Málaga, donde el coronel Burgos a la cabeza de sus tropas pereció en manos de los insurrectos.

Los atropellos contra todo lo sagrado estaban a la orden del día, excepto en Navarra, porque, como bien decía su obispo, don Pedro Uriz «Navarra siempre ha sido católica, y por rigurosa consecuencia ni es ni puede ser revolucionaria»<sup>2</sup>. «La tempestad estalló al fin»; —escribía el mismo prelado— «en sus furiosos ha arrollado cuanto ha encontrado al paso; trono, leyes, instituciones... Sin embargo, ningún desmán, ningún atropello, gracias a Dios, a la Sma. Virgen y a los Santos Patronos de este antiguo y noble reino, ha ocurrido en nuestra diócesis contra las personas y cosas de la religión, pero levantada la vista a las demás provincias de España»<sup>3</sup>.

Así era en efecto; se insultaba y perseguía a los sacerdotes, se atentaba contra la propiedad de las iglesias, y a las personas consagradas a Dios en el retiro de los claustros, se arrojaba violentamente de los conventos.

Los gobernantes de Madrid viéndose impotentes para dominar la rebelión anárquica que por culpa de ellos mismos se había producido, buscaban calmar a la fiera agitando la campaña contra curas y frailes, actitud ciertamente menos varonil, pero también de infinito menor riesgo. Y mientras tanto, se disolvían las Conferencias de San Vicente de Paúl culpables sólo de hacer el bien a los pobres, se retiraba la asignación al clero para matarlo de hambre, se expulsaba a los jesuitas y poníase en libertad a los presidiarios de la más baja ralea. Todo ello a los gritos de ¡Viva la tolerancia religiosa! y ¡Viva la libertad!

Con este matiz anticlerical comenzó el año 1869, formándose en Madrid, durante la noche del 26 de enero un grupo de un centenar de manifestantes quienes entre mueras al Nuncio y al Papa arrastraron y destrozaron las armas de la embajada de Roma.

Las cosas empeoraban de día en día y el gobierno provisional gastando alegremente los recursos, se encontró con que no había quién se fiase a entregarle una peseta, de modo que escuchó complacido las propuestas de cierta casa inglesa que prometía prestarle dinero a cambio de las alhajas de los templos católicos españoles. A los liberales pareció de perlas ese crimen de lesa patria, y en su virtud, el 25 de enero de 1869 el Ministerio de Fomento ordenó la incautación de los archivos, bibliotecas y objetos artísticos de las iglesias, considerando su contenido «como riqueza nacional».

2 "Boletín eclesiástico del Obispado de Pamplona" 31-X-1865, núm. 70.

3 "Boletín eclesiástico del Obispado de Pamplona" 10-XII-1868, núm. 159.

Abiertas las Cortes el 11 de febrero se constituyeron el 22 del mismo, y planteada la cuestión religiosa por los demócratas con carácter de urgencia, la «Junta Superior de la Asociación de Católicos de España» hizo un llamamiento a los católicos españoles para que se dirigiesen a las Constituyentes pidiendo la conservación de la unidad religiosa que en aquellos momentos se veía amenazada, a cuyo fin ya en diciembre del año anterior había publicado un manifiesto para que se suscribiese en todas partes la petición que se había de presentar al Congreso de los diputados y que serviría de una manifestación solemne de protesta contra el ataque que se iba a inferir al sentimiento más vivo de España.

Como era de esperar, no tardaron en presentarse las cortapisas. Fueron bastantes los gobernadores que, como los de Burgos, Zaragoza, Logroño, Valencia y León prohibieron recoger firmas declarando sospechosos a quienes se dedicasen a esta tarea. El ejemplo de los gobernadores estimuló a los alcaldes revolucionarios y autoridades subalternas, quienes juzgaron lógicamente, que contraerían méritos a los ojos de sus jefes cometiendo extorsiones e injusticias. En algunos pueblos secuestráronse las firmas recogidas, en otros se mandaba comparecer al cura párroco ante el ayuntamiento revolucionario, se le interrogaba y amenazaba con destierro y prisiones; muchísimos pliegos fueron rasgados violentamente por aquellos que abogaban la libertad de petición y no pocos católicos sufrieron el rigor de las cárceles.

A la tiranía de los agentes del gobierno de Madrid se unía la presión de los impíos en general que propalaban la calumnia de que el objeto de las firmas era restablecer la Inquisición y formar un censo fidedigno de población para el aumento de las contribuciones, circulando al mismo tiempo pasquines y hojas volanderas en que se amenazaba a los firmantes con cortarles la mano derecha y declararlos adversarios de la revolución.

Contra viento y marea, los miembros de la Junta, continuaron su labor enconada por el mismo Sumo Pontífice Pío IX quien, después de alabarlos como «hombres que defienden con denuedo la causa de la Iglesia Católica» añadía: «Apenas hallamos palabras para expresaros cuán grata ha sido esta determinación (la recogida de firmas) para los que tan profundamente lamentamos la condición tristísima y nunca bastantemente llorada, en que, de resultas de la gravísima perturbación de orden público se encuentra hoy España tan señalada por su amor a la Iglesia Católica y por su reverencia a esta Apostólica Sede».

En el sector católico se perfilaban dos tendencias; la de los que confiaban en conseguir del Gobierno el respeto hacia la Religión exclusivamente por los medios legales, y la de los carlistas que aunque como fieles hijos de la Iglesia, firmaban con entusiasmo por la unidad católica, veían que en

aquellas circunstancias era estéril la vía de la legalidad y se apuntaban para el único remedio que conceptuaban eficaz; la protesta armada. Eran precisamente los días en que Carlos VII sin sospechar aún la traición de Cabrera le escribía desde Londres —29 enero 1869—: «Querido Cabrera: El estado de nuestra patria es horrible. Dios me pediría estrecha cuenta si en estos momentos pensara en otra cosa que en esa amada y desdichadísima España. Tu rey para salvarle necesita de tí...».

Hasta la aldea de Javier llegaron los ecos de este regio llamamiento. No era sólo a Cabrera a quien llamaba Don Carlos; era a todos los carlistas y a todos los españoles amantes de la Religión y enemigos de la injusticia y del caos. Estos presagios de guerra causaron un doble efecto, de sobresalto en los conservadores ante el temor de que se turbase la placidez de sus digestiones; de alborozo en los carlistas que como Larumbe juzgaban que el único remedio eficaz era la protesta armada. Por eso al suscribir al frente de los vecinos en bloque de Javier, la petición «pro unidad católica» —con lo que demostraba lo práctico de su catolicismo— al estampar su firma susurró al oído del Sr. Párroco: «Ahora esto; después... la otra protesta, la única que teme esta gente que nos des gobierna...».

En realidad, éste también era el sentir de varios dirigentes de la Junta Católica, uno de los cuales, el Conde de Orgaz, colaboraba ya para entonces en los preparativos bélicos carlistas. Era un convencido más de que de ese modo «ya no había nada que hacer».

En efecto; pese a todas las extorsiones de los detentadores del poder, la iniciativa de la Asociación de Católicos, se había visto coronada con un rotundo éxito en cuanto al número de los firmantes; más de tres millones y medio en 10.110 localidades de España; enviándose a las Cortes el 1 de abril la petición de unidad religiosa, con el número de firmas y nombre de sus pueblos.

Este deseo tan solemnemente manifestado, fue desatendido por los invocadores del sufragio universal quienes hacían oídos de mercader a los diputados católicos que como Manterola, y los cardenales Cuesta y Monescillo fundaban en aquella manifestación escrita la verdadera expresión de la voluntad del pueblo.

La revolución se había arrogado el derecho de blasfemar públicamente de la Inmaculada Virgen y del nombre santo de Dios. ¡Hasta la Santísima Trinidad estuvo expuesta en caricatura en la Puerta del Sol!

Tales fueron las blasfemias pronunciadas en las Constituyentes, ante la imposibilidad de los «libertadores» (según ellos se decían) Prim, Topete y demás corifeos de la democracia, que por indicación de los obispos se celebraron en las iglesias funciones de desagravio. Los gobernantes quisieron también utilizar los templos —¡por algo se ha dicho que el diablo es la mona

de Dios!— para que en ellos se cantase un Te-Deum en signo de alegría por haberse promulgado la Constitución votada en las Constituyentes. Esto, como es natural, hubiera sido el «inri», de ahí que la Jerarquía Eclesiástica contestase a la consulta sobre la licitud de efectuarlo: «De ninguna manera! ¿Cómo! Ir a cantar el trágala a Dios Nuestro en su propia casa? Nunca, nunca, nunca»<sup>4</sup>.

La exclamación unánime en las personas de orden y de sentido común era: «Así no se puede vivir». Los carlistas eran más explícitos: «El Carlismo o el caos». O como escribía Manterola «Don Carlos o el petróleo».

Asustados por los estragos de la revolución hasta los «católico-liberales» volvieron los ojos hacia los defensores de Don Carlos. A buen seguro que en aquellos días de inquietud, nerviosos y trémulos no pocos aburguesados señores andarían preguntando: «¿Qué hacen los carlistas?» y recibirían la contestación que dio uno de estos en circunstancia similar: «Los carlistas iremos a salvar la patria cuando todos los demás cobardemente la abandonen».

Por aquellos días —junio de 1869— publicó Carlos VII su primer manifiesto doctrinal a los españoles en forma de carta dirigida a su hermano Alfonso-Carlos.

Con verdadera fruición le leyó Larumbe las palabras augustas...: «Mi pensamiento fijo, mi deseo constante, es cabalmente dar a España lo que no tiene a pesar de las mentidas vociferaciones de algunos ilusos; es dar a España la amada libertad que es hija del Evangelio, no el liberalismo que es hijo de la protesta; la libertad que es el fin del reinado de las leyes, cuando las leyes son justas, esto es, conforme al derecho de la naturaleza, al derecho de Dios...».

«Comprendo bien que es tremenda la responsabilidad de quien tome sobre sí restaurar las cosas de España, mas si sale vencedor en su empeño inmensa será su gloria. Nacido con derecho a la corona de España, y mirando en el sagrado derecho una sagrada obligación, yo acepto aquella responsabilidad y busco esta gloria, y me anima la secreta esperanza de que con la ayuda de Dios, el pueblo español y yo hemos de hacer cosas grandes; y ha de decir el siglo futuro que yo fui un buen Rey y el pueblo español un gran pueblo».

Cuando don Mariano terminó de leer aquella llamada del monarca, sintió como una aspiración incoercible que le hervía dentro del pecho. ¡Sí! también él quería trabajar por el bien de España y hacer cosas grandes con la ayuda de Dios.

4 "Boletín eclesiástico de Pamplona"; 12-VI-1869. núm. 173.

¡Año 1869! Otra vez el clarín de guerra. Carlos VII el rey de los 20 abriles y de los proyectos generosos, quiere ofrendar a España una existencia más digna. Y Larumbe decide una vez más, dejarlo todo, amor, familia, pueblo, comodidades, posición económica, para atender a la demanda. Llamó a su esposa:

«Ya sabes lo que me prometiste el día que nos casamos; el Rey me llama de nuevo a defender a la Religión y a la Patria.»

Josefa quedó unos instantes pensativa. El matrimonio tenía un hijo, adolescentes y jugueteón que completaba la alegría de aquel hogar sano y creyente. ¿Se quebraría ahora la ventura familiar? ¿Triunfaría la existencia feliz?

Y con el espíritu angustiado por estas ideas, oculto el rostro por las manos, fue a sentarse sollozando en la más apartada silla. Acercóse él nuevamente. Puso una rodilla en tierra, y cogiéndole las manos que descubrieron la pena del semblante, dijo con voz serena:

«Josefa: Dios no abandona a los que todo lo dejan por El.»

La reacción fue inmediata. Como una afrenta cruzó por su mente el temor de una posible claudicación. ¡Y por culpa de ella! Continuó en silencio unos instantes; su respiración era anhelosa; sus manos temblaban entre las de don Mariano... ¿No me respondes?»

Levantó ella la cabeza y mirándole con ternura, murmuró: «Mariano! Eres más generoso que yo. Pero no temas que te desaliente. Mi decisión ya sabes que la tienes ganada desde la promesa que te otorgué en vísperas de nuestra boda.»

La serenidad había vuelto a su alma. Levantóse resueltamente y dirigiéndose al arca en que se guardaban los uniformes guerreros de don Mariano, extrajo de ella la boina roja que puso con amorosa solicitud sobre la cabeza de su marido.

«Gracias Josefa» —asintió él— «no esperaba menos de tí.»

Y un abrazo de despedida fundió los dos corazones con una misma aspiración: ¡Todo por Dios, por la Patria y por el Honor!

CAPÍTULO VI

VI. CONSPIRANDO

*Conducta ambigua de don Ramón Cabrera.—Se esfuerza estérilmente Carlos VII por sacarlo de la inacción.—Penuria de recursos económicos.—El Coronel Díaz Aguado hace una tentadora proposición que es aceptada.—Nombres de los principales encartados.*

La organización del levantamiento tropezaba con obstáculos difíciles de superar, especialmente por el lado del general Cabrera cuyas convicciones religiosas y políticas habían cambiado de modo sustancial, desde hacía algunos años, sobre todo a partir de su matrimonio con una dama inglesa protestante. Carlos VII, ya en sus memorias del año 1868 había consignado el efecto poco lisonjero que le produjera su primera entrevista con don Ramón, y a fe que no se engañaba, pues ya aquel mismo año en comunicación que dirigía Cabrera a la Princesa de Beyra, se permitía denigrar la educación inconveniente, según él, que se daba a los entonces príncipes Carlos y Alfonso-Carlos. Arremetía también contra los proyectos de alzamiento: «... no entiendo contribuir por mi parte —escribía— a amargas decepciones, y acaso, acaso, a que se repita la segunda parte de San Carlos de la Rápita».

Pero como le interesaba seguir teniendo ascendiente en el partido para que las masas le siguieran hacia una nueva marotada, concluía: «Si después de haberse cambiado una marcha política fatal a los intereses del partido, llegase y viese yo el verdadero momento de obrar, no será Cabrera el último en dar la mano y lo hará con toda la energía de su corazón, para echar abajo el gobierno de Madrid; pero mientras tanto, deseo vivir tranquilo y retirado<sup>5</sup>.

Don Carlos sospechaba con sobrados motivos de la lealtad de Cabrera, pero la inmensa mayoría del pueblo carlista ignoraba su nueva postura, y seguía viendo en él, al legendario caudillo de las campañas del Maestrazgo; como por otra parte los jefes del ejército —contados por cierto— que obraban en inteligencia con los carlistas, exigían como garantía para la entrega de una plaza fuerte, que el general Cabrera se pusiese al frente del movimiento, era de todo punto necesario encubrir la traición de aquél en quien la mayoría cifraba sus mejores esperanzas.

5 Carta a doña María Teresa, Princesa de Beyra; Wentwort, 23 febrero 1866.

De ahí que Don Carlos no escatimara esfuerzo alguno por atraerse a Cabrera. La correspondencia con él sostenida, en aquel año —1869— lo comprueba plenamente:

(Enero) «Querido Cabrera: El estado de nuestra patria es horrible... Tu Rey para salvarla necesita de tí.»

(Febrero) «... Y atendiendo a lo mucho que vales y grandes servicios que has prestado en todos tiempos... Nunca dudes de mi aprecio y particular afecto...»

(Marzo) «... He creído conveniente que lo sepas todo<sup>6</sup>, pues los acontecimientos pueden precipitarse, y nadie mejor que tú puede calcular el interés que tenemos en aprovecharlos...»

(Abril, 5) «Mi muy querido Cabrera. Deseo que tomes la dirección de nuestros negocios; pues tu larga experiencia, tu prestigio en el país y nobles deseos...»

(Abril, 21) «Mi muy querido Cabrera...» (Le pide su opinión y concluye) «... cuenta mi querido general con mi amistad, de la cual me alegraré poderte dar siempre pruebas.»

¿Puede un subdito recibir de parte de su monarca expresiones más terminantes de confianza y cariño?

¡Momento álgido aquel en la vida del caudillo tortosino!; mimado por su Rey, idolatrado por las masas y temido por los revolucionarios, hubiera podido en aquellas circunstancias constituirse en el artífice de la victoria. Nada menos que Elío, el más antiguo de los generales carlistas se ofrecía a ser su lugarteniente para servirle; un legitimista francés ofrecía 600.000 francos para adquirir armas y municiones si Cabrera se ponía al frente del movimiento y hasta el mismo Don Carlos fue a entrevistarse con él en Baden-Baden, otorgándole toda clase de facultades.

Pero nada conseguía convencer a Cabrera, quien aunque al fin aceptó la dirección lo hizo poniendo unas condiciones tan inconvenientes que Don Carlos comprendiendo que lo hacía únicamente por llenar las apariencias, decidió actuar secretamente al margen de él.

Es verdad que se luchaba con la dificultad más aguda para tales empresas, la falta de dinero, por lo que Don Carlos y Doña Margarita, después de dar cuanto tenían, empeñaron hasta sus alhajas, noble rasgo que fue seguido por el de los condes de Orgaz, Fuentes, Samitier y otros, así como por el Marqués de la Romana, quienes se prestaban a levantar un empréstito de 3 ó 4 millones de francos, dando sus firmas e hipotecando sus bienes, pero no se halló banquero que aceptase la propuesta.

<sup>6</sup> Se refirió al estado de los asuntos del Partido.

Nada desalentaba al Caudillo de la Tradición, quien un tanto fascinado por los generosos deseos de su corazón, e influido por las indicaciones en exceso lisonjeras de su consejero Arjona<sup>7</sup> juzgaba la empresa más sencilla de lo que era en realidad. Así pues determinó que el levantamiento se efectuase a la mayor brevedad, precipitación ésta que iba a ser de resultados fatales por no haberse reunido apenas los elementos precisos.

Hubo algo además que influyó de modo eficaz en la aceleración de lo que se preparaba: Cuando se andaba buscando alguna plaza fuerte como base para un movimiento de envergadura, el coronel de artillería Félix Díaz Aguado de guarnición en Pamplona, ofreció a Don Carlos la entrega de la plaza. La propuesta tuvo muy favorable acogida, pues sobre ser Pamplona una plaza fuerte de primera categoría, reunía la ventaja de ser la capital de la provincia en que más elementos contaban los adeptos del Carlismo.

Aceptada pues la propuesta de Aguado, quedó encargado éste de atraerse a los militares, cosa de la que bien necesitados se hallaban los carlistas pues como llega a decir un historiador liberal «en el ejército había más ambición que moralidad, todos exigían dinero o empleos y muchos ambas cosas, no faltando quienes desde luego abandonaron su posición y se presentaron sin condiciones»<sup>8</sup>.

Restaba designar al encargado de asumir la dirección del golpe de Pamplona. Ciertamente que no faltaban jefes de toda garantía y de lealtad a toda prueba; Argonz, Iturmendi, Ollo, Lizarraga. Todos ellos navarros y el último además pamplonés, que precisamente hasta el año anterior, hasta el advenimiento de la revolución, había estado en Pamplona como coronel de uno de los regimientos que guarnecían su ciudad natal. Conocía pues a fondo gran parte de la oficialidad y la ciudadela pamplonesa no escondía secretos para él.

Sin embargo, las autoridades carlistas, de común acuerdo eligieron a Larumbe porque no se trataba de una operación militar de mayor o menor envergadura, sino de dar un golpe de mano. Y para esa acción más que acabados conocimientos técnicos, que por otro lado tampoco faltaban a don Mariano —se precisaba arrojo y sangre fría—. Y él había demostrado en la insurrección de las minas en Castilla que poseía lo uno y lo otro.

Como colaboradores se le dio al Marqués de las Hormazas y a don José Apérregui.

7 Emilio de Arjona. Capitán de Estado Mayor que puesto al servicio de Don Carlos, llegó a ejercer cerca de él, durante cierto período omnimoda influencia; fue mal visto por la mayoría de la masa del Partido.

8 Historia general de España por Don Modesto Lafuente, continuada por Don Juan Valera con la colaboración de D. Andrés Borrego y D. Antonio Pirala. T. XXIV, p. 51.



Foto 1.—El castillo del Santo Apóstol, antes de su restauración. La fotografía es de hacia 1880. época en que D. Mariano ejercía allí el cargo de administrador.

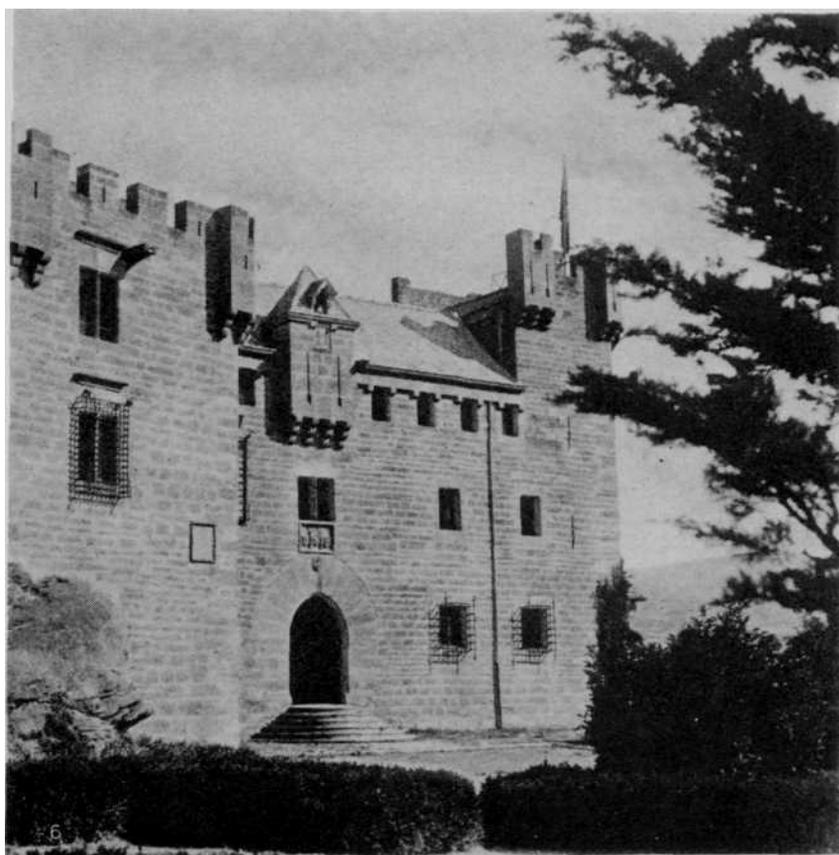


Foto 2.—Aunque restaurado el Castillo a finales del XIX, se localiza perfectamente el lugar donde Larumbe tenía su habitación y oficinas. Entrando por la puerta ojival, a mano derecha en la zona que señalan las dos ventanas enverjadas de la planta baja del torreón oriental que mira a Undués.





Foto 4.—Vista parcial de los fosos y glacis.

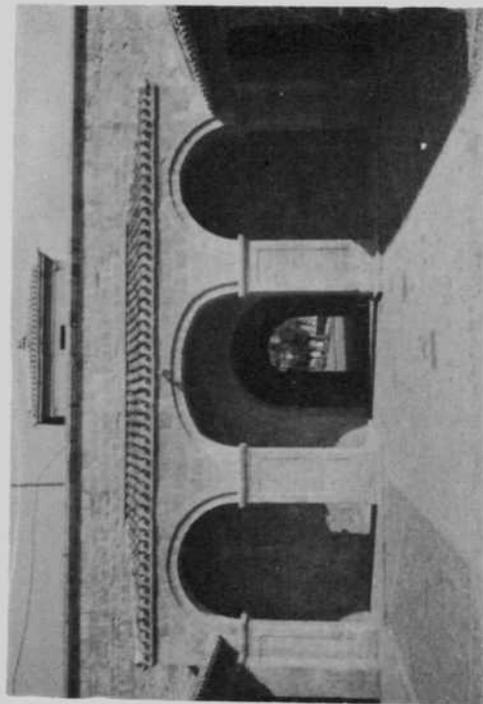


Foto 6.—Reverso del mismo portal, donde fue detenido el oficial Aperregui.

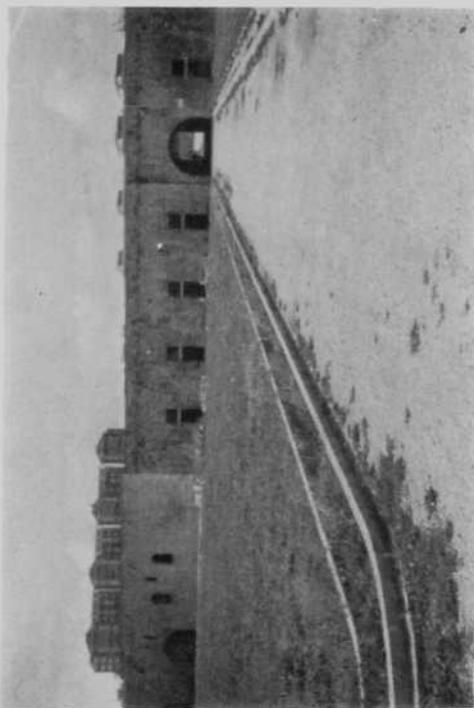


Foto 3.—Interior de la ciudadela, lugar de reunión de los conspiradores.



Foto 5.—Al fondo de la calle, portal de entrada a la ciudadela, por el que entró Larumbe disfrazado de carbonero.





Foto 7.—Episodio bélico. Batalla de Montejurra (Noviembre de 1873).





Foto 8.—El coronel Foronda, distinguido en la acción de Peñaplata.



Foto 9.—Zabaleta, convaleciente de sus heridas, posa ante el fotógrafo en su exilio de San Juan de Luz. (Fotografía en la primavera de 1876.)



Foto 10.—D. Manuel de Carlos, el antiguo voluntario y luego mesonero de Javier, mantiene el gesto firme en su ancianidad. (Foto del año 1926.)



## EL QUIJOTE NAVARRO

El Marqués de las Hormazas —uno de los muchos miembros de la familia Elío que figuraron en el bando de la Legitimidad— había nacido en Pamplona en 1835. Su padre se había distinguido como ferviente realista y ya en 9 de marzo de 1820, cuando la multitud liberalesca invadió el palacio real y se constituyó el nuevo Ayuntamiento lo obligó a salir de la casa de la Villa y por el único delito de ser sobrino del capitán general don Francisco Javier Elío fue depuesto del cargo y atropellado por los que se titulaban liberales. Hormazas pues por su juventud y dinamismo daba fundadas esperanzas de resultar un buen colaborador para don Mariano.

A ésto se unió don José Apérregui, oficial de artillería. Natural de Tudela, franco y decidido como buen navarro, y con la ejecutoria de lealtad que le daba el ser pariente próximo de los Elío.

Completaban la lista de los conjurados varios oficiales y sargentos —la mayor parte del cuerpo de artillería— amén de no pocos soldados y numerosos paisanos a los que se encargaría de conducir un activo sujeto a quien llamaban «el Corellano».

Estos eran los hombres que se iban a lanzar a la atrevida empresa de conquistar Pamplona para la bandera de la Tradición.

## CAPITULO VII

### VIL PAMPLONA

*Descripción de la plaza y de su ciudadela.—Su importancia.—Elección de fecha.—Don Carlos se aproxima a la frontera.—Desarrollo de los acontecimientos.—El alzamiento fracasa.*

La posesión de la capital de Navarra, la tierra santa del Carlismo era de vital importancia para el éxito del levantamiento.

Situada casi en el centro de la provincia, al sur de los Pirineos, a la izquierda del río Arga y a 420 metros sobre el nivel del mar, se asienta sobre una vasta planicie, a excepción de la parte Norte que coronan los montes de Ezcaba, Miravalles, el Perdón y Sarvil, formando un contorno de siete leguas en cuyo centro se halla la ciudad. Dentro de esta cuenca, se encuentran las llamadas cendeas de Ansoain, Galar, Iza, Olza y Zizur, los valles de Aranguren, Egüés, Elorz y Echauri, así como las villas de Villava y Huarte.

No era Pamplona en 1869 la populosa urbe que hoy conocemos. La habitaban 22.000 personas —sin contar la guarnición militar—, que se agrupaban en 1.970 edificios distribuidos en 37 calles con tres plazas y otras tantas plazuelas; la principal de aquéllas la del Castillo, en forma de cuadrado imperfecto de 160 varas de lado, en uno de los cuales se alzaba el teatro y a su espalda la plaza de toros construida en 1852<sup>9</sup>.

El perímetro de las fortificaciones circundantes a la capital, semejaba un cuadrilátero irregular con dos lados mayores, el de la Rochapea al N.O. fuertemente escarpado hacia el río que corre paralelo a su pie y el de San Nicolás y Tejería el E. S. O.; los menores el de la Magdalena al N. E. bañado también por el río y el de Taconera de S. O. a N. O.

El recinto, abalaustrado formaba sus lados de la siguiente manera:

1.º El frente llamado de Taconera, con un fuerte foso, camino cubierto y dos rebellines para su defensa, colocados delante de las cortinas correspondientes; en el flanco derecho del frente una poterna dando paso al foso.

2.º El de la Rochapea; compuesto de medio baluarte Gonzaga y una fuerte cortina escarpada defendida por la derecha por la plataforma llamada de Palacio; seguía luego un pequeño frente titulado «de Francia», cubierto con un rebellín, fosos y camino cubierto; en este lado se hallaban tres portales, el de Rochapea, que daba paso al barrio de este nombre, el de Francia y el Nuevo. De estos portales partían caminos a las provincias vascongadas, a las huertas de los alrededores de Pamplona y pueblos de la falda de San Cristóbal, monte situado a 2.000 metros de la plaza y de elevada posición<sup>10</sup>. Completaba este lado una cortina uniendo el portal de Francia al baluarte del Redín.

3.º El de la Magdalena, compuesto de los medio-baluartes Redín y Labrit; aunque carecía este frente de fosos y camino cubierto, lo protegía su gran altura y fuerte escarpado, siendo además el río Arga que corre paralelo a él, su foso natural.

4.º El de San Nicolás, compuesto de medio baluarte Labrit y del baluarte titulado «la Reina». Este frente de San Nicolás tenía su portal correspondiente del que partía la carretera a Tafalla, Tudela y Aragón.

En el flanco izquierdo del baluarte «la Reina» existía una poterna por la que descendiendo hacia el río se tomaba el camino de Burlada y Villava, atravesando el puente de la Magdalena, y a su izquierda, enfrente de la cara derecha de Labrit, una luneta destacada, San Bartolomé situada en el borde del terreno que confina con el Arga, formando una escarpa inaccesible.

<sup>9</sup> Destruída por un incendio en el año 1921.

<sup>10</sup> No existía aún en su cima el fuerte de Alfonso XII.

Había también en el interior del baluarte «la Reina» un Caballero<sup>11</sup> de buena construcción para dominar el terreno exterior, por todo aquel flanco en ligera ascensión hacia la colina conocida con el nombre de Mendillorri<sup>12</sup>. Protegía además este Caballero el almacén de pólvora capaz para 1.800 quintales, aunque en tiempo de paz servía para ese menester otro almacén mayor sito en el alto de Ezcaba.

De lo dicho se deduce que Pamplona resultaba una plaza fuerte de primer orden, y como en aquellos tiempos tanto la aviación como los demás modernos artefactos de guerra no existían ni en la imaginación más exaltada, su inexpugnabilidad estaba a salvo de cualquier evento.

Uníase a esto su famosa Ciudadela, fortaleza iniciada en 1571 por orden de Felipe II<sup>13</sup> y dirigida por el experto Jorge Peleazo. Construida al S. O. de la plaza, entre Taconera y San Nicolás, fortificada según el sistema Vauban, con dos órdenes de flancos retirados, medias lunas y contraguarnidas en los dos frentes exteriores, se componía de cinco baluartes y sus cortinas formando otros tantos frentes.

Los del lado afrontante a la plaza se llamaban, de la Victoria y San Antonio; el segundo lado miraba al exterior y lo formaba el de San Antonio y el Real; el tercero, éste y Santa María; el cuarto éste y Santiago, y el quinto éste y Victoria. En la cortina del cuarto se hallaba la puerta llamada del Socorro, memorable para los carlistas desde que por ella fueron sacados los cadáveres de don Santos Ladrón y de su ayudante el teniente don Luis Iribarren para ser llevados al cementerio después de su ejecución el 14 de octubre de 1833<sup>14</sup>.

Su disposición interna respondía a todas las exigencias militares de la época; en su centro tres cuarteles para infantería, capaces de alojar 1.200 hombres, uno pequeño para caballería, para 80 jinetes y 60 caballos; doce pequeñas manzanas de casas alrededor de la plaza, divididas en veintidós pabellones para jefes y oficiales, un gran edificio para parque de artillería, con dos cubiertos a la derecha e izquierda, tres almacenes con sus respectivas bóvedas a prueba, uno de ellos capaz de contener 2.500 quintales de pólvora; otro almacén con cuatro hornos para cocer el pan en tiempo de asedio; un pequeño parque de Ingenieros, una capilla, dedicada a Santa Bárbara para

11 Caballero: Depósito de tierra sobrante adosado en lo alto de un desmonte.

12 En la misma existe actualmente el depósito de aguas para el abastecimiento de Pamplona.

13 Cuenta la tradición que habiendo subido una vez a lo alto del monasterio del Escorial, contestó a alguien que le inquiría el motivo de que avizorase el horizonte: "Quiero divisar las murallas de Pamplona" (A la sazón se estaban edificando).

14 Es digna de notarse su entereza de ánimo en este trance en que increpó así a sus ejecutores: "Podreis fusilarme por la espalda, pero yo nunca fui traidor; don Santos Ladrón siempre ha sido un caballero".

el culto, y bajo el terraplén de la cortina de la Puerta del Socorro, doce bóvedas a prueba de bomba, que en caso de necesidad podían servir para almacenes y como resguardo de la guarnición.

Este era el objetivo, nada despreciable por cierto, que los carlistas se proponían ganar como punto de partida para la campaña. Y la ocasión de llevarlo a cabo se fijó para la noche de Santiago, de aquel año de 1869<sup>15</sup>.

Llegó el 24 de julio, víspera de la fecha prefijada. Pamplona, recordando su vida tranquila y silenciosa, semejava una estampa de paz después del atronador bullicio de sus fiestas de San Fermín, terminadas hacía nada más que una semana. Se unía de nuevo el hilo quebrado de la vida normal. En el bosquecillo de la Taconera jugaban alborozados los niños, con esa alegría prometedora que da la víspera de un día de asueto, mientras paseaban las personas mayores gozando de la grata temperatura que proporcionaba a aquel paraje lo tupido de su fronda.

El sol caía de plano sobre la llanura que rodea a la ciudad. Los campos aparecían segados y en las eras colindantes, se afanaban los labradores en las faenas de la trilla. En la Vuelta del Castillo amarilleaban los hierbales, sólo en algunos rincones de los fosos de la muralla conservaban aún su verdor, y haciendo la corte a la capital que parecía adormilada bajo los rayos de un sol de justicia, un cielo rutilante enjoyaba el raso de su palio sobre la llanura de la cuenca pamplonesa, en cuyo horizonte, la Higa de Monreal y los montes del Perdón y San Cristóbal recortaban su silueta de un perfil negruzco.

Por el paseo de la Vuelta del Castillo, junto a los glacis, marchan cuatro individuos en animada conversación que cuidan de hacer en voz baja. Si nos acercamos al grupo de los interlocutores reconoceremos en ellos al Marqués de las Hormazas, Apérregui, Larumbe y Díaz-Aguado. Este les instruye acerca de muchos detalles referentes a la ciudadela, punto central de la conspiración, fortaleza que él, como jefe de artillería, conoce tan perfectamente.

Después la conversación recae en las grandes probabilidades que la jefatura del Partido ha dado acerca del éxito del levantamiento; Díaz-Aguado las suscribe plenamente y dice que él tiene plena confianza en sus subordinados, los artilleros de guarnición en la ciudadela, pero Larumbe le manifiesta que no conviene ser en exceso optimista, sino saber aprovechar la lección suministrada por los recientes sucesos de Cataluña, lección que él resume en lo siguiente: guardar la máxima reserva aun con gran parte de los comprometidos.

<sup>15</sup> Aunque en un principio se señaló el día 23, más tarde se convino definitivamente en que fuese el 25. No es exacto por tanto el Conde de Rodezno, cuando en su obra Carlos VII, Duque de Madrid (p. 113) da por realizada la conspiración de Pamplona en el día 23.

Su punto de vista es objetivo; a principios del mismo mes de julio, el Marqués de Benavent, comisario regio en la provincia de Gerona, anunció a Don Carlos que tenía comprometida para sublevarse la guarnición de la plaza de Figueras<sup>16</sup>. Don Carlos, que ardía en deseos de ponerse al frente del pronunciamiento, el día 6 de julio salió de París, donde se encontraba, y se acercó a la frontera de Cataluña, a pesar de los esfuerzos que hizo Elío por disuadirle por considerar el viejo general que en caso de fracasar la insurrección, se exponía el monarca al ridículo. Pero el fogoso ánimo de Don Carlos rehusó prestarle oídos y acompañado de Tristany, Bemavent y Vallecerrato pisó tierra española, donde experimentó amargo desencanto al enterarse que lo de Figueras había fracasado totalmente por la traición de uno de los conspiradores, por lo que se vio precisado a volver sobre sus pasos y dirigirse a París, no sin escribir antes a los carlistas catalanes para que secundasen los diversos alzamientos que se preparaban en el resto de España.

Por todo lo expuesto volvía a insistir don Mariano en la circunspección que debía guardarse con muchos de los comprometidos tanto más cuanto que gran parte de ellos no eran ni mucho menos incondicionales de la Causa. Sus tres compañeros le escuchaban con agrado y respeto porque hablaba con el aplomo de veterano y la autoridad del jefe.

Llegado que hubieron frente a la puerta del Socorro, decidieron concretar sobre el terreno los prolegómenos de la operación, examinando además cuidadosamente el croquis de la ciudadela que llevaba Aguado. En la tarde del día 25 entraría Larumbe disfrazado en la ciudadela para, una vez dada la señal, asumir la dirección; Aguado sublevaría la guarnición, mientras Hormazas confluía allí con los pamploneses sublevados, y Apéregui se encargaría de abrir la puerta del Socorro a un agente del Marqués de Hormazas, el antes citado «Corellano» que guiaría a los mozos de las aldeas de la cuenca que acudirían en cuanto sonase la señal convenida consistente en un cañonazo desde las baterías de la ciudadela en la medianoche del 25 al 26. En Estella y otros puntos secundarían el golpe.

Y a la verdad que no había tiempo que perder, porque adelantándose al resto de la península, sabariegos, que era siempre uno de los primeros en el puesto de peligro, había dado ya el grito de rebelión proclamando por Rey a Don Carlos en las inmediaciones de Ciudad Real, sosteniendo ventajosos combates contra las fuerzas contrarias en Picón y Piedrabuena y para ayudarle dispuso Don Carlos que se echase al campo el general Polo, cosa que éste realizó sin dilación.

<sup>16</sup> También en esto se equivoca Rodezno, quien afirma que la plaza comprometida era Gerona (Ibid. h. 112 y 113).

Además Don Carlos había llegado a la frontera vasco-francesa ocultándose con Elío y otros personajes en Ascain, pueblo francés distante unas dos leguas de Vera de Bidasoa, en espera de los acontecimientos de Pamplona. No ignoraban esto Larumbe y sus tres compañeros, quienes al ver que su Rey tenía puestos los ojos en ellos, sentían acrecentar su fe en la empresa de tanta responsabilidad. Un cordial apretón de manos selló la entrevista que terminó exhortando don Mariano a que cada uno cumpliera con su deber, para corresponder así dignamente a la confianza que el Rey había en ellos depositado.

Veamos ahora el desarrollo de los sucesos.



Es la tarde del 25 de julio. Por la puerta de la Victoria que da frente a la ciudad, encorvado bajo el peso de un saco de regular tamaño penetra un carbonero. El centinela de puesto no debe dar gran importancia al recién llegado y lo deja entrar sin dificultad.

Con la misma expresión exterior de fatiga y paso cansino se dirige hacia la cantina, donde debe haber alguien que le espera, pues al aproximarse le abren la puerta, y ambos, introductor y recién llegado se introducen en un aposento contiguo, donde el presunto carbonero, sacudiéndose el hollín, vacía de carbón el saco, de cuyo fondo extrae un flamante uniforme de brigadier de infantería del que se reviste sin titubeo.

Es el mismísimo don Mariano Larumbe que se ha valido de esa treta para llegar hasta allí. Su acompañante, que es otro de los convenidos, sale de la habitación, dejando al brigadier cuidadosamente cerrado bajo llave.

### La fe

Al filo de la media noche en los villorrios de la cuenca pamplonesa, los gallos hienden la oscuridad con su grito rijoso. Se han abierto algunas puertas que recortan en la noche sus cuadros de luz, proyectada por un candil. Fuera una voz dice:

¡Qué! ¿Vamos ya?

¡Voy enseguida; esperad!

Sale luego un hombre que se reúne con los que le esperan y formando grupo abandonan la aldea. De otros senderos surgen nuevos acompañantes.

Una hora, hora y media, dos horas de camino, tropezando por pedregosas veredas, por entre matujos y junqueras enanas que taladran la tela del pantalón y hieren la carne. No importa; esos mozos son los sufridos hombres del campo, que tras el descanso en sus faenas agrícolas caminan

hacia la capital a cumplir su misión. Su misión, la de salvar España del caos. Por eso van con la serena alegría del mozo navarro que no teme las penalidades corporales. ¡Tantas veces lo habían cantado!:

«¡Qué importa que el cuerpo muera  
si el alma va a la eternidad!»

#### Luz de media noche

La noche ha quedado prodigiosamente serena. Desde los soportales de la plaza del Castillo se divisa el cielo como inmenso cuadro refulgente de estrellas, esferitas de luz que hacen guiños desde el espacio y a su claridad desleída la silueta de los edificios señoriales que forman la plaza resalta con encanto nuevo y misterioso.

Pero se ve que la noche no está quieta. Por el fondo de las calles dormidas que afluyen a la plaza se ven avanzar algunos nocherniegos. Raspan los pies la acera, salpícase el silencio con toses de catarro y el ascua de un cigarrillo enciende entre las sombras un resplandor fugaz. Al resguardo de la oscuridad de los porches se van reuniendo los que llegan. Momentos después se perciben recias y solemnes las campanadas de la torre de la Catedral que señalan las doce. «Tam... Tam... Tam...» Y aun vibra el son del postrer tañido, cuando uno de los del grupo, de aspecto joven, con porte aristocrático echa a andar hacia el paseo de Valencia. Le siguen los restantes y al llegar frente a la ciudadela se esfuman en la oscuridad de las calles que allí conducen, unos por la de San Antón y otros por San Gregorio. Son el Marqués de Hormazas y los suyos que van a situarse al acecho.

#### En la cantina de la ciudadela

Parece que a estas horas —aún no son las dos de la madrugada— no puede haber nadie en esta pequeña taberna. Y si hay alguien, no puede ser más que algún empedernido trasnochador, alguno de esos hombres absurdos que luchan con el tedio para llegar al alba y poder ya tranquilos, cumplida su misión de trasnochadores, acostarse. Pues no, No es así. Crucemos esa puerta. Al fondo un minúsculo mostrador. Sobre este mostrador una gran cafetera se calienta sobre un hornillo.

La puerta está cerrada con doble llave y aquéllos, por la actitud que adoptan parecen tratar asunto de importancia. No son vulgares trasnochadores; son Larumbe y varios de sus secuaces a la espera del cañonazo que Díaz-

Aguado hará disparar desde una de las baterías de la muralla y que marcará el instante preciso del estallido de la sublevación.

Con calma disimulada que pretende ocultar el nerviosismo propio del momento, beben su copa de café con aguardiente para entonar el cuerpo en esta hora difícil de la madrugada. Luego relamiéndose aún el labio continúan escuchando las instrucciones del brigadier.

\*\*\*

Desenlace

Se oyen unos golpes a la puerta. Indudablemente que es algún emisario de Aguado o a dar una otra consigna.

Los de afuera dan con exactitud el santo y seña.

Abrese la puerta y varias docenas de fusiles apuntan ante el asombro de los conspiradores:

«¡Alto! ¡Manos arriba!»

«¡Traición —clama Apérregui— nos han vendido!»

Pero cuando él y Larumbe intentan sacar sus pistolas se encuentran sujetos por nervudos brazos que les imposibilitan todo movimiento.

El oficial que manda la patrulla va cacheando y desarma a cada uno de los detenidos.

«¡Rápido! ¡Marchen! ¡Sargento, condúzcalos a la prevención!»

Un creciente clamoreo se extiende por los pabellones.

Se oyen también algunos disparos.

\*\*\*

El Marqués de las Hormazas y los paisanos que esperan en las calles la señal del alzamiento; se han visto sorprendidos al verse hostilizados desde diversas direcciones. Hormazas acude con decisión al lugar de donde le parece parten los disparos y él mismo cae herido de un balazo. Al ver que este accidente desorienta a los demás que comienzan a huir «el Corellano» corre hacia fuera de puertas, donde sabe están esperando los mozos de los pueblos, por si puede con ellos hacer frente a los agresores. Pero se ve cercado por varios perseguidores.

«¡Quieto!» —le gritan.

El «Corellano» por toda respuesta dispara su revólver y tumba a uno de ellos. Pero él también cae acribillado y los mozos aldeanos después de cansarse de esperar al pie de las murallas, al verse sin dirección y sabedores

de lo que ha ocurrido en la ciudad, se retiran a sus pueblos después de cambiar algunos tiros con los centinelas.

Por las calles de la ciudad, salpicadas de escenas de bacanal demagógica, la gente del hampa se ceba en el Marqués de las Hormazas y lo arrastran durante algún trecho costando trabajo el liberarlo de sus iras.

Mientras tanto en la Capitanía General, Moriones se frota las manos, con inequívocas señales de contento. Ha conseguido descubrir y desbaratar todo un complot, merced a la traición de uno de los conjurados.

Y alborozado, comunica al gobierno de Madrid:

«El levantamiento que fraguaban los carlistas en Pamplona ha fracasado.»

## CAPITULO VIII

### VIH. EN LA CARCEL

*Amargas reflexiones.—¿Por qué fracasó la conjuración de Pamplona?—Ficha del general Moriones.—Una pequeña digresión.—Partida de bautismo que explica mucho.—Se levanta la incomunicación de don Mariano.*

Gozoso el general Moriones por el triunfo que acababa de obtener, pero temeroso de que los detenidos intentasen imitar a Aguado en su evasión, ordenó que fuesen reducidos a prisión con las mayores precauciones de seguridad. Cumpliendo esta orden, don Mariano con Apérregui y otros siete detenidos, fueron encerrados en los calabozos de la ciudadela.

La perspectiva del porvenir era tremenda, pero de momento los pensamientos de don Mariano iban a lo pasado, hacia aquella odisea que parecía un sueño de pesadilla que acababa de ocurrir. ¿Qué había ocurrido? ¿Cuál fue el motivo del fracaso? ¿Imprudencia? ¿Traición?

Había sucedido lo que en otras circunstancias parecidas, que uno de los conjurados —un militar vividor— había descubierto el plan, y así el gobernador militar que lo era Moriones, en colaboración con el civil y demás autoridades de la ciudad, siguieron todos los hilos de la conspiración, y llegada la hora de ésta, adelantáronse ellos, deshaciendo en breve plazo la labor de los encartados. Todavía algunos de estos residentes en los pueblos, se atrevieron la noche siguiente a aproximarse a las murallas, pero hostilizados por la guarnición tuvieron que retirarse después de cruzar algunos tiros.

No cabe pues duda de que hubo delación; nos interesa repetirlo ya que existe otra referencia del suceso. Según ella, en la tarde del día 25

sea breves horas antes del pronunciamiento—, Apérregui salió de la ciudadela para despedirse de su novia y al regresar al anochecer disfrazado de asistente, se le hizo sospechoso al centinela que le echó el ¡alto! Como iba disfrazado no quiso detenerse y corrió a refugiarse donde estaban reunidos los conjurados. Inmediatamente tras él llegaron los que le perseguían, descubriéndose todo de esta manera por causa de la imprudencia de Apérregui.

Juzgamos demasiado pueril la precedente explicación y la creemos falsa por las razones siguientes:

1.<sup>a</sup> Los veteranos de la guerra con quienes hablamos de aquel complot —alguno de ellos que tenía gran amistad con Larumbe y que por tanto podía estar muy bien informado de todo lo referente a esa conjuración—, nunca nos explicaron su fracaso por la famosa entrevista de Apérregui con su prometida.

2.<sup>a</sup> ¿Cabe que un militar con años de servicio, cometa tamaña ligereza, en unos momentos de tan suma gravedad como lo eran aquellos? Dada la inteligencia y formación de Apérregui, nos parece tal cosa el mayor absurdo.

3.<sup>a</sup> Persona que podía estar perfectamente informada sobre las circunstancias del suceso como lo era el mismo Don Carlos, dice así en su carta a Cabrera del 28 de julio, o sea a los dos días del episodio: «... me avisaron que el golpe de Pamplona se daría el día 23, y me rogaban me dirigiese a la frontera para secundarlo. Así lo he hecho... y aquí he sabido que habiéndose dilatado el movimiento hasta el 26, ha sido descubierto, según dicen, por un capitán de artillería con quien contaban...» Y líneas más abajo alude también a la defección de los militares: «Yo no quiero la guerra civil... pero si el ejército no responde a los compromisos que tiene contraídos con los nuestros, no sé lo que sucederá».

Ahí se encontraba el secreto de los fracasos; pues así como los carlistas, tanto militares como paisanos trabajaban con lealtad y desinterés, en cambio en los otros elementos comprometidos excepto algunas honrosísimas excepciones como Díaz-Aguado<sup>17</sup> y unos pocos más, había muchísimo egoísmo. Y uno de aquellos vividores que buscaban en el movimiento únicamente para su ambición personal, fue quien lo delató y puso a las autoridades gubernamentales en la pista para hacerlo abortar.

Moriones que sentía odio al Carlismo castigó con mano dura a los rebeldes. Moriones era el hombre ventajista que figuró como republicano en

<sup>17</sup> Este digno militar, permaneció fiel a Don Carlos, y tres años más tarde fue de los primeros organizadores del levantamiento carlista distinguiéndose en Oroquieta para salvar a su Rey de los intentos de Moriones.

1848, más tarde adicto a don Amadeo de Saboya que le dio el título de Marqués de Oroquieta por su fácil triunfo en aquella localidad y por fin, monárquico de Alfonso XII quien le otorgó los mayores ascensos, sin que fueran óbice para ello los muchos borrones de la hoja de servicios de Moriones, v. gr. los de San Pedro Abanto, donde reconociendo un fracaso como general en jefe ante la línea carlista que no podía forzar, envió al gobierno de Madrid el siguiente telegrama: «El Ejército no ha podido forzar las posiciones de Abanto y su línea ha quedado quebrantada. Vengan refuerzos y otro general». Verdaderamente que este telegrama es todo un poema. Una dimisión de estilo tan original como este, creemos que se habrá dado pocas veces en la historia «¡Venga otro general!» ¡Y lo decía él mismo!

Y ya que de Moriones hablamos, séanos permitida una breve digresión en torno a su persona. Extraña a muchos que siendo navarro de nacimiento, fuese Moriones uno de los más enconados enemigos de los partidarios de la tradición.

Prescindiendo de aquel refrán tan conocido de que «no hay peor cuña que la de la misma madera», hay que tener en cuenta que Moriones no era navarro más que a medias, pues aunque natural de Leache (partido judicial de Aoiz) y de padre navarro, su madre, doña Teresa Murillo, era aragonesa de pura cepa, como nacida en Ejea de los Caballeros<sup>18</sup>. Y si como dijo un célebre personaje «los hijos se forman en las rodillas de las madres» lógicamente la formación del Marqués de Oroquieta tuvo que ser más aragonesa que navarra, más liberal que carlista.

Veinticinco días llevaba don Mariano sometido a rigurosa incomunicación en los calabozos cuando el gobernador de la ciudadela recibió este oficio:

«Hay un sello que dice: —Gobierno Militar de la Provincia de Navarra—.

»Pamplona 20 de agosto de 1869.

»El Sr. Gobernador de la Ciudadela de esta plaza se servirá dar sus

18 Partida de bautismo del general Moriones: "Domingo Moriones y Murillo.—En el lugar de Leache a veynte y un de Diciembre de mil ochocientos veinte y dos yo el ynfraescrito Vic. interino Bauticé un niño que dijeron nació el día anterior a las ocho de la noche, hijo legítimo de Don Francisco Moriones y de D.<sup>a</sup> Teresa Murillo, Naturales: Don Francisco de Leache y D.<sup>a</sup> Teresa de Exea de los Caballeros en el Reyno de Aragón y residentes en este lugar, se le puso por nombre Domingo. Abuelos paternos Juan Moriones de Leache y Josefa Zabaleta de Eslava y -esidentes en este lugar. Maternos, Josef Murillo y María Sanz naturales y residentes en la villa de Exea de los Caballeros. Fue padrino Manuel Moriones, tío carnal del Bautizado, a quien advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones, en fe de ello firmé dicho día, mes y año ut supra. Fr. Agustín Jaúregui, Vic. Int.º" (Archivo parroquial de Moriones; libro 1.º de Difuntos; año 1822, única partida).

órdenes para que sea puesto en comunicación el preso don Mariano Larumbe.—El Comandante General.—Moriones (rubricado)»<sup>19</sup>.

Acto seguido se levantó la incomunicación a don Mariano.

## CAPITULO IX

### IX. DE HERODES A PILATOS

*Las otras sublevaciones.—Ligereza inexplicable de sus promotores y obediencia ciega de los conjurados.—Larumbe y los demás presos son trasladados a la cárcel pública.*

La primera entrevista con Apérregui y demás compañeros, así como las visitas de parientes y amigos fueron satisfaciendo el ansia de noticias que había ido acumulando don Mariano. Lo primero que le notificaron fue la causa del fracaso de Pamplona, consistente en la delación del capitán traidor. La indignación de Larumbe fue grande mientras recordaba lo justificado de sus avisos respecto a la reserva con los comprometidos en especial con los del ejército.

De lo de la Mancha donde aunque Polo y Sabariegos fomentaron el levantamiento de algunos pequeños partidos y obtuvieron ventajas iniciales, no respondieron otras fuerzas que se habían apalabrado, por lo que incesantemente perseguidos, fueron alcanzados en los palacios de Torroba quedando Polo prisionero y consiguiendo Sabariegos alcanzar la raya de Portugal. De las provincias de León y Avila donde los eclesiásticos Milla, Hernández y Dueñas tuvieron que dispersar las partidas que capitaneaban, siendo ellos apresados. Del aniquilamiento de las partidas en Aragón, Valencia y Maestrazgo. De las tropelías cometidas por los liberales en Montealegre (Cataluña) contra un grupo de inermes carlistas, que marchaban a adherirse a los sublevados, a los que se fusiló sin consejo de guerra, y lo que es más horroroso sin la confesión que reclamaban. Pero lo que impresionó hondamente al corazón de don Mariano, fue lo de Balanzategui. Don Pedro Balanzategui y Altuna, era uno coronel retirado del ejército, y que indignado por los atropellos de la revolución se encargó de dirigir el movimiento en la provincia de Palencia. Abandonado por los que debieron ayudarle, escribió en sus últimos momentos a su esposa e hijos una carta memorable. Aquello de morir asesinado y destinar una parte de su dinero al piquete, por «que no guar-

19 Archivo de la Capitanía General de Navarra. Sección de papeles antiguos.

daba rencor alguno»; la protesta de que no había salido de su casa sino «por cuestión religiosa», para defender la unidad católica y a Carlos VII «como identificado con este mismo sentimiento católico»; el encargo al hijo rogándole que no olvide que su padre muere por la religión santa, y el estilo correcto de aquella despedida escrita con la entereza necesaria para decir «no me extiendo más para que no piensen que dilato la ejecución» y al mismo tiempo con la humildad de un verdadero mártir; todo esto hizo que la carta de aquel veterano se grabase en el espíritu de Larumbe con el sello de la admiración y del respeto. ¡Y es que el alma de don Mariano, aunque acaso él por su humildad, no lo reconociese, era del mismo temple y grandeza que la de Balanzategui!

Pero junto a estos heroísmos de los encargados de obedecer, habíanse puesto de relieve los desaciertos de los que les lanzaron a la aventura. En efecto; si los recursos pecuniarios eran factor imprescindible para toda acción armada. ¿Cómo se dio orden de levantamiento sabiendo que se carecía de ellos? Y sin embargo era forzoso confesar que se había obrado con tamaña ligereza. Así por ejemplo, el jefe de estado mayor de Don Carlos y secretario suyo, don Joaquín Elío escribía el 5 de agosto de aquel año de 1869 al general Marconell «Muy señor mío: El día 31 del pasado escribí a usted y le preguntaba en el caso de que S. M. nombrase a Vd. comandante general de Albacete y Murcia, tiene Vd., los medios de pasar a aquellas provincias. Repito hoy la misma pregunta porque urge mucho que los jefes nombrados vayan a ponerse al frente del movimiento. La voluntad de S. M. es que marchen enseguida para secundar el de la Mancha... Suyo etc. Joaquín Elío»<sup>20</sup>.

«A los dos días vuelve a escribirles que S. M. ha mandado del modo más terminante que los jefes de provincias vayan a ponerse a la cabeza de ellos y hagan el movimiento enseguida.» Y añade: «Respecto de fondos, yo no tengo ninguno... además ignoro lo que pueda tener el señor encargado de hacienda... Tendrá usted la bondad de decirme si están en disposición de marchar, para enviarle su nombramiento y órdenes, cuándo lo efectuará y cómo se procurará los fondos necesarios, para ponerlo en conocimiento de S. M. que está impaciente por saber que cada uno se halla en un puesto y se va a secundar el movimiento comenzado en León y la Mancha»<sup>21</sup>.

Hablando claro; estas misivas de Elío, podían condensarse en la frase siguiente: «Señor Marconell; vaya a sublevar las provincias de Murcia y Alicante; usted me dirá si cuenta con recursos; aquí no tenemos un céntimo».

20 Carta inserta por José Indalecio Cano en su libro "La cuestión Cabrera" (Madrid 1875, imprenta de Fontanet) p. 134.

21 Ibid. pp. 135 y 136.

Y sin embargo es tal la sumisión de aquellos servidores de la Legitimidad, que el general Marconell obedece y cumple. Y como Marconell, Larumbe, Sabariegos, Milla, Balanzategui, Polo y tantos otros. No es de extrañar por tanto que ante esos rasgos, el escritor José Caro tráfuga del carlismo, escribiese admirado: «Eso no pasa más que en el partido carlista»<sup>21</sup>.

Bien comprendía don Mariano que también ellos habían actuado en las mismas condiciones que Marconell, pero era expuesto exigir responsabilidades porque tenía la convicción de que un subdito no debe pedir explicaciones de las órdenes que le intima la superioridad.

Débase reconocer que fue un error de los dirigentes de la Comunión Tradicionalista, lanzar a sus adeptos a la sublevación de 1869, con la escasez de medios con que entonces se contaba y sobre todo con la falta casi absoluta de dirección con que se hizo aquel levantamiento.

El 19 de octubre, a los tres meses de estancia en los calabozos de la ciudadela, cambiaban de domicilio los presos carlistas en virtud de esta orden de Moriones:

Hay un sello que dice: «Gobierno Militar de la provincia de Navarra.»

D. Mariano Larumbe	«Sírvasse V. disponer sean conducidos en el día
D. José Apérregui	de hoy en clase de presos a la Cárcel pública de
Simón Santa María	esta Capital, los sentenciados a presidio expresa-
Eduardo Giménez	dos al margen que se hallan en esa fortaleza del
Nicolás González	digno mando de V. cuidando de que el Alcaide
Nicasio Mateos	dé el correspondiente recibo.
Santiago Iriarte	
Dios guarde a V. muchos anos.	
Eustaquio Rosado	
Raimundo Pueyo	Pamplona 19 de octubre de 1869.

El Comandante General, Domingo Moriones (rubricado).

Sr. Gobernador de la ciudadela de esta Plaza.»<sup>23</sup>

Según esta disposición Larumbe con Apérregui y los siete oficiales y sargentos (es detalle curioso el que a estos últimos Moriones en la nota marginal suprime el «don» ante sus nombres) pasaban a la cárcel pública de donde los dos primeros presagiaban no salir ya más que para presentarse ante el piquete de ejecución.

<sup>22</sup> Ibid, pp. 140 y 141.

<sup>23</sup> Archivo de la Capitanía General de Navarra. Sección de papeles antiguos. (Sin catalogar.)

## CAPITULO X

## X. CONDENADO A MUERTE

*Una ley draconiana puesta en vigor.—Morituri te salutant.—El Rey elogia a Larumbe.—Bravuconería de los liberales pamploneses.—Sentencia fatal.*

Desde que fue detenido no se forjó ilusiones don Mariano sobre la suerte que le aguardaba. Pregonada desde el primer momento la antigua ley de 17 de abril de 1821, los carlistas estaban sufriendo una de las más encarnizadas persecuciones, al tiempo que Prim ordenaba que fueren pasados por las armas inmediatamente todo aquél que con ellas fuese aprehendido. Por eso tenía Larumbe la profunda convicción de que el fallo del proceso contra él —el cabecilla de la conspiración de Pamplona— forzosamente había de ser condenatorio. Pero su espíritu que no había perdido un ápice de entereza con la estancia en los calabozos, permanecía animoso y sereno.

Llegó el día 4 de noviembre; habían transcurrido quince días desde su ingreso en la cárcel y se conmemoraba la onomástica de D. Carlos de Borbón. Desde todos los ámbitos de la península llovían las cartas de felicitación al ilustre proscripto en su residencia de Clarens (Suiza). No podía faltar la de don Mariano. Y como no cabía duda de que sus días estaban contados, escribió la carta con la firme convicción de que era la última que enviaba a su Rey. Aquella felicitación parecía un eco del saludo de los luchadores en el anfiteatro: «Ave César; los que van a morir te saludan».

Don Carlos al recibirla no pudo menos de emocionarse, admirando la fidelidad de aquel subdito que le felicitaba cara a la muerte, y por excepción dio respuesta a su carta y a la de Milla.

«Clarens, 13 de noviembre de 1869.

»Mis queridos Milla y Larumbe: Entre las muchas felicitaciones que »han venido de España, he recibido la vuestra. Hago con vosotros la excep- »ción de contestar, y por cierto que bien lo merecéis. Siento vuestras pen- »alidades como mías propias y creo que Dios os las tendrá en cuenta; yo no »las olvidaré. Si algún día puedo premiaros dignamente, estad seguros de »mi palabra, como ahora podéis estarlo del aprecio de vuestro affmo. Carlos.»

Entre tanto, como un prenuncio de lo que había de ser la sentencia, no faltaron algunos grupos de liberales de baja ralea, en especial de los componentes de la «partida de la porra», tan bravucones cuando nada había que arriesgar, como cobardes en la batalla, los cuales, se pasaron junto a los

muros de la prisión dando muerte a Larumbe y demás «carcas» detenidos. Don Mariano no dio gran importancia a la cosa. Estaba seguro de que si estuviera libre con nada más que media docena de carlistas garrote en mano hubiera puesto a buen recaudo a toda aquella chusma que se agitaba segura de su impunidad.

En la lóbreguez de las mazmorras carcelarias pasaron los fiestas de Navidad de tan grata recordación para el mundo cristiano.

Y con los albores del nuevo año de 1870, la vista del proceso en virtud del cual la sentencia se determinó así: pena de muerte para don Mariano Larumbe, don José Apérregui, Sr. Marqués de las Hormazas, don Juan Polo y los sacerdotes Rvdos. don Lucio Dueñas y don Antonio Milla; condenados a muerte en rebeldía don Félix Díaz-Aguado y don Vicente Sabariego, y diversas penas de prisión para otros muchos procesados.

## CAPITULO XI

### XI. EN LAS ISLAS DE OCEANIA

*Los Duques de Villahermosa gestionan y consiguen el indulto.—Camino de las islas Marianas.—Buenos oficios del señor Juanmartiñena.—La caridad no tiene fronteras.*

Si la comunicación de la fatal sentencia fue recibida por don Mariano con entereza, abatió en cambio profundamente el ánimo de su esposa.

Muchas eran las pruebas con que hasta entonces la adversidad le había ido visitando por causa de los continuos azares de la vida de su marido; abandonada de los hombres, sola con su hijito sin hallar donde cobijarse, pero al menos con la esperanza de volver a reunirse algún día con su Mariano; ahora no, con la aplicación de la pena capital la separación sería ya definitiva. Y con el certero instinto de la mujer que busca la salvación de los suyos, se afanó por buscar los medios que le arrancaran de la muerte. La primera gestión que hizo en este sentido fue la de visitar al Duque de Villahermosa.

El Duque la recibió benévolamente. En realidad no era necesaria la visita pues el Conde apreciaba demasiado a Larumbe, su honrado y fiel administrador, para dejarlo abandonado en esta coyuntura. Ciertamente que no participaban de las mismas ideas políticas pero eso era lo de menos. La maldita política que tantos odios fomenta no **tiene fuerza suficiente** para motivar la separación de las almas grandes. Prometió a doña Josefa trabajar

en ese sentido cuanto en su mano estuviese y alentóla a que confiase, pues mediante las influencias de que gozaba en las altas esferas, esperaba se llevasen a feliz término sus gestiones.

Afortunadamente las circunstancias presentaban un cariz favorable, pues el mismo gobierno revolucionario comenzaba a asustarse de la fea situación en que iba quedando ante las democracias extranjeras. En efecto, llevaban en su programa la abolición de la pena de muerte y sin embargo desde su arribo al poder, el fusilamiento de Balanzategui, los asesinatos de Montealegre y multitud de otros crímenes y atropellos estaban denunciando a la faz del mundo lo ilógico de su proceder. Convenía pues frenar un tanto en la carrera de la violencia, no fuera que la sangre de tanta víctima ahogara también a los verdugos.

No obstante esto, la consecución del indulto para Larumbe se planteaba más ardua que para el resto de los procesados, ya que sobre él recaía mayor culpabilidad, como jefe principal de la sublevación de Pamplona. Para los revolucionarios resultaba don Mariano un contrincante de cuidado, y por tanto interesábales eliminarlo, manteniendo contra él la sentencia capital, aun indultando a los restantes. Pero todo fue superado por la tenacidad y buenos oficios del Duque, que logró se hiciese el indulto extensivo a todos, por lo que la primera sentencia fue conmutada por la de confinamiento en las islas Marianas.

La noticia del indulto fue recibida con el natural contento por los interesados, familiares y correligionarios y desde entonces todos procuraban adquirir datos de las islas que iban a ser la nueva residencia de aquéllos.

Las islas Marianas habían sido descubiertas en 1521 —cuando España aun tenía soberbios galeones que surcaban los mares desconocidos— por un puñado de intrépidos navegantes capitaneados por Magallanes que se había adentrado en medio del Océano Pacífico después de haber descubierto el Estrecho que lleva su nombre. A causa de la extremada propensión de sus indígenas a apoderarse de lo ajeno, los descubridores las llamaron «Islas de los Ladrones» nombre con el que generalmente las designan los historiadores extranjeros, en especial los de habla inglesa, pero en el siglo XVII, los españoles las titularon «Islas Marianas» como homenaje de amor a la Santísima Virgen.

Pero prosigamos las andanzas de nuestro héroe. Salió de la cárcel de Pamplona en compañía de Hormazas y Apérregui, y fuertemente custodiados, fueron conducidos a Cartagena, cuyo puerto era el designado para el embarque. En el trayecto se les unieron Milla y Polo, no haciéndolo el otro indultado don Lucio Dueñas (el cura de Alcabón) por haber sido recluido en el penal de Santoña para cumplir la pena de cadena perpetua.

Un episodio audaz vino a reforzar la vigilancia de que eran víctima los deportados, y fue la evasión del Marqués de las Hormazas quien tuvo la osadía, coronada por el éxito, de escapar de las manos de sus guardianes.

Eran ya las jornadas de primavera; los días eran claros y largos; las actividades en la dársena y en los astilleros permitían calafatear con pinturas chillonas las embarcaciones, mientras las gaviotas en sosegado vuelo, surcaban el aire sobre el azul de las aguas.

Llegó el día del embarque, bien diverso por cierto de los anteriores; la mar estaba gruesa, las olas rebosaban el malecón que sujetaba las aguas y una neblina espesa desdibujaba los barcos fondeados en su pequeña bahía. Un grupo de personas, familiares y amigos de los deportados, rodeaban a éstos entre apretones de manos y abrazos de despedida. Por fin el navio se hizo a la mar y mientras los cuatro deportados, desde la popa de la embarcación parecían querer devorar con su vista la costa española de la que se alejaban, les hacían las últimas saluciones con boinas y pañuelos.

Momentos después embargaba el pecho de los deportados la pena honda del desterrado que ha dejado de ver el suelo de su patria. Hubo no obstante un lenitivo siquiera ligero entre tantas amarguras y fue el de que el buque que los llevaba arribaría a Manila en donde habían de residir hasta que se les diera orden de partir a las Marianas. Esto resultaba esperanzador, pues si las islas Marianas eran para ellos la gran incógnita, en cambio les constaba que en las Filipinas existían numerosos elementos simpatizantes y aun partidarios del Carlismo.

Estaban en lo cierto; nada menos que desde hacía cerca de cuarenta años databan las actividades carlistas en el Archipiélago. En una Real Orden remitida en 20 de abril de 1836, por el Ministerio de Gracia y Justicia, al Gobernador de Filipinas que a la razón era el General Camba, se transcribían las quejas enviadas contra dicho Gobernador por un liberal que firmaba: «El cristino por esencia». Decían así algunos párrafos de la denuncia:

«El Gobierno de estas Islas, si no es de fracción carlista, es al menos tolerante de la fracción. En el ejército son muchos los carlistas; de aquí es que los cristinos estemos temerosos... Tomos enteros se necesitaban para enterar medianamente a V. E. de lo que aquí pasa en pro del Carlismo, y es tan potente y desmesurado su espíritu, que llegaron los desterrados, el ex-general Pedro Grimarest<sup>24</sup> el ex-fiscal Ramón Pedrosa, el ex-canónigo Matías Jara y el ex-intendente Manuel Tellería, por infieles y nada adictos al libe-

24 Su nombre era Pedro Legallois de Grimarest. Nació en Peñíscola en 1765. Se distinguió en la defensa de Orán en 1791, así como en la guerra de la Independencia. Sospechoso de carlista fue confinado en 1832 y luego por sospechas de nuevas actividades, deportado a las Islas Marianas. Murió confinado en Manila en 1841.

ral Gobierno de V. M. y en el mismo instante de su llegada se vieron visitados y rodeados de los primeros personajes de esta capital, ofreciéndoles sus personas y bienes, y tan obsequiosos y tan bien reputados que no se puede concebir una idea; de modo que los tales han mejorado infinitamente con su venida a Filipinas, haciendo el más brillante papel, cuando debían ser el escarnio y ludibrio de las gentes. Díguese V. M. no remitir más carlistas, porque esto es engrosar el monstruoso partido en favor del Infante rebelde, y llegará a ser un perjuicio sin término...»

Es probable que fuesen un tanto hiperbólicas las afirmaciones del «cristino por esencia» pero no cabe duda que reflejaban bien la disposición que en favor de los deportados carlistas tenían las personas influyentes de Manila. De ahí la esperanza que abrigaban Larumbe y compañeros; pues si hacía siete lustros que cuatro confinados —Grimarest, Jara, Pedrosa y Tellería—, hallaron hospitalidad en aquel mismo lugar, era de esperar que los cuatro deportados de hogaño encontrarían dignos sucesores de los que a aquéllos recorrieron.

En los primeros días de mayo fondeaba el buque en el estuario del Pasig en la gran bahía ovalada de la capital del archipiélago filipino. Llamó la atención de los recién llegados la entrada de la inmensa rada cubierto en parte por la isla del Corregidor, así como el gran movimiento comercial que observaron en los barrios de Tondo y Sampaloc.

Pronto se puso en evidencia la gran hermandad de los carlistas, tanto más pródiga en caridad, cuanto más lejos del suelo patrio se encuentran. Personas de relieve en la capital fueron a saludarles y a hacerles cortesés ofrecimientos; algunas recordaban todavía los nombres de los carlistas deportados en la primera guerra civil.

No olvidaban los carlistas de la península a sus correligionarios, siendo el señor Juanmartiñena uno de los más diligentes en aliviar la situación de Larumbe.

Don José de Juanmartiñena era un señor de ilustre abolengo —el solar de su apellido en Aldaz-Larraun (Navarra), poseía ejecutoria de nobleza—, y de caritativo corazón. Ocupó cargos de importancia en la Comunión tradicionalista, y Carlos VII, para premiar sus relevantes servicios a la Causa, concedióle el título de Conde de Aldaz, por decreto de 5 de marzo de 1874<sup>25</sup>

No bien llegó a sus oídos la noticia de que Larumbe marchaba rumbo a Filipinas, escribió a varios amigos con que allí contaba, encareciéndoles

25 Por haber fallecido don José sin sucesión directa, el título ha recaído, por derecho de patronazgo, a la casa "del Caballero" de Zuasti, (Cendea de Iza. —Navarra—), a cuyo actual dueño D. Juan José Juanmartiñena y Oteiza se la ha revalidado recientemente.

que pusiesen cuanto estuviese de su parte para aliviar la situación del deportado.

Sus demandas fueron bien acogidas. El primero en responder, fue un tal Andrés García, riojano de campechano carácter quien aunque no potentado, disfrutaba de una desahogada posición en su residencia de Guinobatan. En su carta manifiesta, con noble y franca cordialidad, su interés por ayudar al recomendado de Juanmartiñena. Hela aquí:

«Provincia de Albay  
Guinobatan mayo 25 de 1870.  
Sr. D. Mariano Larumbe  
Manila.

Muy señor de toda mi consideración y aprecio:

En carta que me escribe mi querido amigo don José Juanmartiñena, encarecidamente me recomienda a V. y espero que las circunstancias no sean tan agravantes que nos priven de tenerle a V. en esta su casa hasta tanto venga el indulto o todo el tiempo que V. desee.

Esta provincia tiene condiciones para la vida buenísimas; su temperamento (así en el original; quiere decir «temperatura») es sumamente benigno, y muy superior a todos los demás; no haya V. ni frío ni calor, en fin es hermoso, razón por la cual deseo sacar a V. de ese infierno de Manila donde se vive en un continuo tormento.

Don Mariano, poco valgo, pero si de alguna cosa puedo serle a V. útil, como fianzas que acaso exijan a V. para pasar a esta Provincia, cuente V. con ellas y cuanto yo pueda será para mí y mi familia una satisfacción muy grata el que usted nos ocupe; así pues mande V. como guste y como quiera con la franqueza como si lo hiciera V. a su querida familia. V. dirá «¡Vaya qué García!» pero en mi tierra, la sierra de Cameros, sabe V. que somos muy claros y jamás nos agrada más que los impulsos de nuestros nobles sentimientos y lo que se dice es lo que verdaderamente se siente.

Lo que manifiesto a V. puede V. hacer el favor de hacerlo extensivo a los señores Polo, Milla y Apérregui, por si alguno de ellos quieren venirse con V. no les faltará una cama y un cubierto y una buena voluntad hacia Vds.

Reciba V. recuerdos de toda esta familia y mande cuanto quiera a su affmo. y atto. S.S. Q.B.S.M.

Andrés García (rubricado) <sup>26</sup>»

26 Archivo privado de los Sres. Larumbe.

Larumbe comunicó enseguida a sus compañeros el contenido de la carta. Los cuatro convinieron en que la oferta de García merecía los honores de la aceptación; en los pocos días que llevaban de estancia en Manila, notaban ya que aquel clima tropical les era muy poco propicio para su salud. ¡Cómo añoraba don Mariano los frescos valles de su tierra de Lecumberri! Pero les constaba que su confinamiento en Filipinas era provisional y que no tardarían mucho en partir para Marianas, y como por otra parte sabían que la consigna del Gobierno liberal era no dar facilidades a los carlistas, juzgaban con razón que aun dado el caso de quedar en Filipinas serían retenidos en Manila y por tanto rechazada la fianza que García generosamente les ofrecía.

Así pues, contestó Larumbe agradeciendo cordialmente la oferta, pero manifestando los motivos por los que creían prudente no aceptarla.

Y a fe que lo sentían; porque las condiciones de vida en Guinobatan, particularmente por lo ideal de su clima, le constituían en un paraíso comparado con Manila.

También otro de los requeridos por el «Caballero de Zuasti» y que además era amigo de Larumbe les escribió desde Guinobatan con un ofrecimiento similar al de García:

«Guinobatan, 3 agosto 1870

Sr. D. Mariano Larumbe

E. P. M. Manila.

Mi buen amigo y compañero Mariano; desde que Martiñena<sup>27</sup> escribió tu salida y más aun desde que la Francisca me decía que estabas en Cartagena, no he tenido tranquilidad. En mayo al ir al Capítulo, los PP. de este distrito quedaron encargados de visitarte en mi nombre y de hacer lo que se pudiese por vosotros. Como no llegasteis en ese tiempo, éstos regresaron, de manera que he tenido que dirigirme a don Salvador Elfo suplicándole te entregue éstas y las anteriores que deben obrar en las manos del mismo señor. Mucho, mucho siento que no puedas venir a vivir en esta casa y la tuya, al menos haber tenido el placer de vernos en esa. Esto no puede tener lugar porque no puedo dejar el fortín solo y además, y además podría muy bien suceder que cuando llegase a ésa no te encontrase según la disposición del Excmo. Sr. Capitán General. Conformémonos con la suerte, Dios hará que acaso en un término no muy lejano nos podamos ver. Suplico también a don Salvador, y no lo tomes a mal, pues ignoras que también yo he pasado mis buenas baquetas, que te entregue 50 \$ para ayuda de tus nece-

27 Juanmartiñena.

sidades, no puedo por hoy desprenderme de mayor cantidad: En esta desgraciada casa que conoces su historia, he metido todos mis ahorros, ya no he podido volver atrás, es necesario concluir.

También escribo a don Juan Polo, porque doña Teresa<sup>28</sup> desde Tortosa me suplica le haga una visita si es que puedo. No sabes las dificultades que hay para poderlo realizar. Presumo que a don Juan le habían mandado letras a esa Capital; si no fuese así y vieses que necesita, partid mi pequeño obsequio. Si yo me hubiese encontrado en mejor posición pecuniaria, me hubiese importado bien poco que me pudiesen dejar sin mi pequeño destino, entonces y Dios mediante, hubiese hecho de mi capa un sayo; nos hubiésemos visto, no importa las dificultades que hubiesen podido ocurrir. Por el correo último, recibí carta de Francisca y me pregunta con mucho interés, si te he visto y cómo habéis llegado.

Ya en mi anterior te decía que por lo menos tú y don Juan vinieseis a esta provincia si os dejaban en estas Islas, pero parece no es esa la disposición superior, que lo siento mucho, porque aquí hubieseis estado perfectamente y entre buenos amigos.

Escríbeme si puedes, yo lo haré a Marianas y haré también lo posible por aliviar tu suerte en lo poco que puedo, pues no tengo ni posición ni fortuna. Estoy tan aburrido en este país que no creo pueda permanecer en él ni un año más, aun cuando no tengo ni pueda contar con una cantidad exigua.

Mis sentimientos de adhesión a los compañeros. Os deseo buen viaje y sabes tienes aquí un buen amigo y compañero que te quiere.

S. Sanz (rubricado)<sup>29</sup>»

Estaba bien informado el señor Sanz; la disposición del Capitán General era la de que marchasen a cumplir un confinamiento en las Marianas, para donde partieron a fines de agosto. El lugar a que se les destinaba era Agaña —llamada también San Ignacio de Agaña— capital de la isla de Guam en las Marianas.

Estas islas de la Micronesia, situadas próximamente a mitad de camino entre Nueva Guinea y Japón, no miden entre todas juntas más que 114.000 hectáreas con unos 10.000 habitantes en la mayor de las islas Guajam o Guam, volcánica y montañosa.

En el puerto de su capital Agaña, desembarcaron los deportados y con poco trabajo aprendieron pronto lo que había que ver en aquella ciudad de

28 Esposa del general Polo y hermana de D. Ramón Cabrera.

29 Archivo familiar de los descendientes de D. Mariano.

6.000 habitantes en cuya rada hacían escala los buques españoles en su travesía del Pacífico.

Fue entonces una de las ocasiones en que se puso de manifiesto la generosidad del alma de don Mariano: Condolió profundamente a don Juan Polo el enterarse de que don Carlos había calificado de excesivamente ligeros a los que efectuaron el pronunciamiento de la Mancha y que por la precipitación de los sublevados había sido la causa del fracaso. Estas manifestaciones cuya paternidad no era propiamente de Don Carlos sino de su consejero Arjona, hombre muy dado a expedir a otros órdenes de sublevación, aunque él supiera ponerse a muy buen recaudo (como lo hizo más tarde en Oroquieta), produjeron gran indignación. El podía probar que la orden de sublevarse en la Mancha le fue dada por el Conde de la Patilla en nombre de Don Carlos, y que por lo tanto, el epíteto de ligeros y precipitados, con toda la responsabilidad que ello suponía por el fracaso, encajaba de lleno a los que le habían intimado la orden del alzamiento, a sabiendas de que no se contaba con elementos suficientes para dar a la intencionalidad ni las más remotas esperanzas de éxito.

Muy justas por desgracia eran las quejas de Polo. Larumbe sabía también mucho de eso por haberle correspondido a él actuar en circunstancias desventajosas. Pero comprendiendo que la excitación suele resultar mala consejera, procuró calmar el ánimo de su compañero de destierro, prometiéndole que cuando llegase la ocasión hablaría en su favor, salva siempre la obediencia jurada al Rey legítimo.

No fue esta de consolar al triste la única obra de misericordia que en favor del general Polo hizo don Mariano; tras las palabras de aliento le dio los 25 duros, la mitad de los que Sanz le había enviado. Polo, agradeció vivamente aquella generosidad. ¡Lástima que los desengaños y el compromiso que para él representaba el ser hermano político de Cabrera le impeliese años más tarde a adoptar aquella postura de inhibición! Aun así, su conducta es más justificable que la de la mayoría de los que se fueron con el ex-conde de Morella.

La vida de los deportados aunque resentida de la pena por la lejanía de la patria y de los suyos, dulcificábase con los consuelos de la Religión. Precisamente la Iglesia Parroquial de Agaña erigida por los antiguos colonizadores españoles, estaba dedicada a San Ignacio de Loyola, el hombre que trazó a Javier la ruta de la Santidad. ¡A Javier; aquel que nació en el castillo que administraba don Mariano! ¡Con qué fervor; exento de mojigatería pero lleno de virilidad cristiana oraban él y sus compañeros ante el altar de un santo compatriota!

Iban pasando los días. Y los meses. ¡Cuántas nostalgias entre aquellos deportados! ¡Cuántas ilusiones bajo el sol de fuego! ¡Cuántos sueños de

revancha, a la vacilante sombra de las palmeras, abanico coloso que desparra-  
maba dulcemente sobre ellos la brisa cálida del mar de las Islas...!

## CAPITULO XII

### XII. RUMBO A LA PATRIA

*¡La amnistía! — Real Orden. — Presentándose al Monarca. — Tres años al  
margen.*

La situación de don Amadeo de Saboya en el trono de San Fernando, ya hartamente precaria desde sus comienzos, iba perdiendo prestigio conforme pasaban los días. Asesinado Prim que era su puntal más firme, combatido por carlistas y republicanos y abandonado por muchos mismos de aquellos a quienes don Amadeo había encumbrado, excogitaba los modos de atraerse la voluntad de los españoles. Y como en aquellas circunstancias el modo más eficaz para conseguirlo era realizar un acto de clemencia, en septiembre de 1871 otorgó una plena y amplia amnistía, sin excepción de clase ni fuero, a todas las personas sentenciadas, procesadas o sujetas a responsabilidad por delitos políticos de cualquier especie, cometidos hasta el 31 de julio del año anterior.

Como las sublevaciones de Pamplona, Astorga y la Mancha habían tenido lugar en 1869, la amnistía alcanzaba de lleno a los deportados en las Marianas. Huelga decir que la noticia de su indulto les llenó de alegría; año y medio de estancia en aquellas latitudes no resultaba ningún regalo para su fortaleza física, pero lo que resultaba más sensible era el verse tan alejados de la patria y de sus seres queridos. Consultaron pues sobre la conducta que debían adoptar con respecto a la amnistía.

A todos se dio respuesta por medio de la siguiente Real Orden que por mandato de Don Carlos remitió Elío al Jefe de Estado Mayor de Navarra y Vascongadas:

«Hay un sello que dice: Estado Mayor General, Ejército Real.

Excmo. Sr. El Rey nuestro señor por Real Orden de 13 del corriente mes, se ha servido disponer lo siguiente:

Excmo. Sr. Habiendo concedido una amnistía el gobierno de Madrid y queriendo el Rey N. S. (q. D. g.) que haya reglas fijas para proceder en este asunto que tanto interesa al bien de sus subditos, S. M. se ha dignado resolver lo siguiente:<sup>30</sup>

30 Omitimos los artículos 1.º, 3.º y 5.º porque no afectan a nuestro biografiado.

2.º Que los generales, jefes y oficiales que por causas particulares quieren acogerse también a ella, lo soliciten de S. M. por conducto de V. E., expresando los motivos y puntos donde piensan residir. Las instancias de los generales y brigadieres las remitirá V. E. a S. M. para la soberana resolución; todas las demás las resolverá V. E. concediendo los permisos que estime convenientes e indicando los comandantes generales a cuyas órdenes han de ponerse los acogidos.

4.º Que se considere separadas definitivamente del partido a cuantas personas se acojan a la amnistía sin llenar los requisitos expresados.

Y 6.º Que S. M. se abstiene de conceder permiso a los militares amnistiados para que entren al servicio del actual gobierno de España; pero no lo niega tampoco, dejando a cada cual obrar con arreglo a su conciencia. La conducta posterior de los que lo hagan, demostrará en breve plazo si puede o no seguirseles considerando entre los leales; siendo de aconsejar que para evitar dudas, renueven al revalidarse su adhesión.

Al dar conocimiento de esta soberana disposición a cuantos corresponda, para que nadie ignore su contenido, se servirá V. E. inculcarles el deseo de S. M. de que entren en España el mayor número posible de jefes y oficiales, porque allí podrán ser sus servicios más eficaces; asegurándoles al mismo tiempo que no sólo no desmerecerán del aprecio de S. M. sino que debiendo correr mayores peligros, serán acreedores a su más alta estima, exceptuando de este criterio a los jefes superiores, respecto de los cuales conviene obrar con exquisita prudencia. De Real Orden etc.

Lo que participo a V. E. para su conocimiento y cumplimiento en la parte que le toca. Dios guarde a V. E. muchos años.—Bayona, 16 septiembre de 1871.—Joaquín Elío.—Excmo. Sr. Jefe de Estado Mayor de Navarra y provincias Vascongadas.»

Impacientes esperaban los desterrados la salida del buque en el que habían de abandonar las islas Marianas. Pero antes deseaban presentarse a Don Carlos pues en virtud de la Real Orden antes citada los brigadieres acogidos a la amnistía debían expresar los motivos y puntos en que pensasen residir.

Llegó el día fijado. Finales de septiembre. Larumbe y sus compañeros oyeron por última vez la Misa en la parroquia. El Padre guardián los bendijo y abrazó a don Mariano.

Volvía la nave proa a las costas peninsulares. Cuatro hombres iban en cubierta con el ansia natural del retorno. Y en el puerto de San Ignacio de Agaña elevaban al Señor los brazos orantes unos humildes franciscanos a la vez que miraban cómo en el horizonte se perdía de vista una embarcación española.

Emotivo, como es natural fue el recibimiento dispensado a don Mariano por su esposa e hijo, los cuales se alegraron extraordinariamente al oírle que volverían a fijar su residencia en Javier, ya que el Conde le había manifestado que siempre estarían para él las puertas abiertas de la administración del Castillo. Pero antes deseaba presentarse a Don Carlos pues en virtud de la Real Orden antes citada, los brigadieres acogidos a la amnistía debían expresar los motivos y puntos en que pensasen residir. A tal fin se dirigió a Bayona con los demás repatriados.

Llegaban pobres, arruinados, maltrechos. Presentaron sus respetos al monarca, poniéndose de nuevo incondicionalmente a sus órdenes excepto Polo en cuyo ánimo no se acababa de cicatrizar la herida producida hacía ya tiempo por las manifestaciones de Don Carlos en las que tildaba de ligereza su pronunciamiento de la Mancha.

Don Carlos los acogió con la veneración que le inspiraban, que habían perdido muchos bienes y habían arriesgado todo por la Causa. No podía remediarles en su miseria económica, porque también él vivía en la estrechez, pero los trató con cariño y elogió sin tasa. Don Mariano cumpliendo la palabra que había dado a Polo de defenderlo ante el Rey, habló con calor en favor del general y entonces Don Carlos, para demostrarles que había rectificado públicamente, les mostró la carta por él escrita pocas semanas antes del 28 de septiembre, al Conde del Pinar y publicada por prensa carlista en la que decía textualmente: «Yo sé que el año 69 se nos escapó la ocasión del triunfo, por precipitar, de buena fe, los acontecimientos de la Mancha».

Por parte pues del Rey la satisfacción estaba concedida; ¿qué mejor rectificación que echarse a sí mismo y a sus consejeros la culpa del fracaso de la Mancha «por haber precipitado de buena fe los acontecimientos»?

Pero hubo algo que más tarde vino a encizañarlo todo. Fue la equivocada actitud de algunas autoridades del partido, la que contribuyó al distanciamiento de los ex-deportados.

Don Mariano se retiraba a su residencia de Javier, pero no vaya el lector a juzgar con ligereza, actitudes cuya explicación pertenece al santuario de la conciencia.

Don Mariano iba a permanecer durante el intervalo de tres años al margen de la guerra que se preparaba, pero su lealtad quedaría libre de toda sospecha, porque al final cuando el Carlismo estaría más necesitado de jefes, y Polo y otros resentidos se habían de marchar con la rebeldía de Cabrera, él se presentaría de nuevo en las difíciles y amargas horas del final de la campaña.

CAPITULO XIII

XIII. LUMBIER

*Circunstancias adversas.—La Restauración.—Ataca y se apodera Larumbe de la ermita de la Trinidad.—Victorias carlistas en la sierra de Leyre.—Las bajas carlistas y...*

Con signo adverso para la Causa Carlista se iniciaba el otoño de 1875. La derrota de Treviño, la pérdida de Seo de Urgel y la terminación de la guerra en el Centro constituían otros tantos rudos golpes que tendían a quebrantar la fortaleza, ya que no el valor y el coraje de los defensores de la Tradición.

Uníase a esto, la nueva postura que adoptaba la Revolución, la cual desde el comienzo de aquel año había cambiado de táctica y escondiendo sus garras encumbraba a una monarquía, que aún llamándose católica, hacía amplias concesiones a la demagogia y a la masonería, mientras el mismo Alfonso XII se proclamaba «católico como mis padres, liberal como mi siglo». Eran muchos los que le acataban, unos, los tibios que se daban por satisfechos con que hubiera vuelto una monarquía sin importarles con qué calificativo, y otros, egoístas y cansados, que carentes de un ánimo templado para el sacrificio y la adversidad, subían también al carro triunfante de la usurpación.

Hubo también otro factor que pudo ser decisivamente funesto para el Carlismo, pero que, por fortuna para éste, apenas tuvo trascendencia y fue el reconocimiento de Don Alfonso como Rey, en marzo de 1875 por don Ramón Cabrera quien fiado en su antigua influencia sobre la masa carlista, quiso arrastrarla a la adhesión, pero se vio burlado, pues los poquísimos que le siguieron no tenían ascendiente en el Partido. Exceptuamos de éstos al cuñado de Cabrera, don Juan Polo, el sublevado en la Mancha, y compañero de Larumbe en la deportación, que si se separó del Carlismo fue más bien por atenciones de parentesco, y cuya defección como la de Cabrera fue mirada con desprecio por sus antiguos correligionarios.

En estas circunstancias críticas, cuando aparece de nuevo en escena en el campo del honor, don Mariano Larumbe. Como buen Quijote llega en los momentos más desfavorables para los suyos, cuando el partido carlista no puede ofrecerle otra cosa, que un puesto cara a la muerte y sin ninguna retribución.

Eso es lo que él busca. Si hubiera marchado tras los ascensos, los habría encontrado en el ejército liberal, los que otros de sus compañeros, que

siendo de menor graduación que la suya, encontraron en el campo enemigo, abundancia, títulos y comodidades; en cambio él que seguía leal a una bandera y que hacía más de seis años había asumido la responsabilidad como jefe, de la sublevación de Pamplona, que a consecuencia de eso había sufrido prisiones y destierros, no había recibido la más mínima recompensa. Como si los calabozos de la Ciudadela y de la cárcel y los confinamientos de Marianas y Filipinas, no hubieran rezado con él. ¡Y todo eso a pesar de la carta de Don Carlos de hacía seis años en la que decía a él y a Milla: «Siento vuestras penalidades como mías propias... si algún día puedo premiaros dignamente estad seguros de mi palabra!». Pero don Mariano que sabía mucho de la falibilidad de las promesas de los hombres, no se extrañaba demasiado de que quedasen incumplidas, las que se le habían hecho con tantas garantías de crédito al parecer. La experiencia acumulada en los 60 años de su vida, le habían dado la convicción de que sólo Dios galardona indefectiblemente a los que le sirven.

Brigadier era cuando la sublevación de Pamplona, y brigadier al final de la campaña.

La presentación de Larumbe en el campo carlista no podía resultar más oportuna, ya que llegaba en circunstancias de gran escasez de jefes. Mendiri, el general en jefe había sido destituido, culpándosele del abandono de la línea del Carrascal; Dorregaray, Savalls, Oliver y otros se hallaban sumariados por connivencias —reales en unos y supuestas en otros—, con el enemigo, y los ánimos se hallaban enconados en numerosas causas entabladas para exigir responsabilidad.

El nuevo general en jefe —aunque con el nombre de Jefe de Estado Mayor General, pues la suprema jefatura para evitar discordias se la reservó el Rey—, don José Pérula, recibió con afecto a aquel brigadier que a los 60 años de edad, venía con el entusiasmo de un mozo a pedir un puesto en la lucha y le encargó el mando de la 2.<sup>a</sup> Brigada de la División de Navarra, destinándole a la zona de Lumbier donde a la sazón se preparaban acontecimientos de relieve.

Por aquella parte, el enemigo había concentrado fuerzas, y Quesada, procedente de Tafalla el 20 de septiembre, escalonaba seis batallones con Artillería y Caballería entre el Roncal y canal de Berdún (Aragón) para impedir la entrada en Navarra de los caudillos carlistas Gamundi y González Boet.

Estos Jefes, encargados del mando de las tropas del Centro, mermadísimas tras la fatal retirada dispuesta por Dorregaray, intentaban salvar los restos de aquel ejército, conduciéndolo al Norte. Aunque Gamundi se vio pronto precisado a entrar en Francia, Boet consiguió llegar hasta el valle de Broto (Huesca), mas al ver cerrado desde allí el paso por las columnas

alfonsinas, envió a su Ayudante don Francisco Retamero para que comunicase su situación al Jefe de E. M. Gral. por si podía ayudarle algo en su travesía hacia Navarra.

Pérula comprendió al instante la urgencia de hacer algo por aquellas huestes que con indecibles penalidades, habían logrado mantener la ruta desde Cataluña hasta las puertas del antiguo Reino, y a este fin, con objeto de distraer del enemigo que se aprestaba a impedir a Boet el arribo a Navarra, dispuso las operaciones en el confín de la provincia sobre Lumbier y sierra de Leyre<sup>31</sup>.

Pero, no obstante el resultado de esta batalla —ventajoso para los carlistas, como luego veremos—, y los ímprobos esfuerzos de Boet, intentando salvar a la desesperada aquellas fuerzas, el plan prefijado no pudo realizarse. Varias columnas liberales les seguían de cerca, otras les flanqueaban, y al ver que se le preparaba el cerco completo, Boet optó por internarse en Francia, aunque salvando así los restos de la División, tras una serie de marchas que por lo inteligentes fueron elogiadas por los mismos liberales<sup>32</sup>.

Interesaba también grandemente a los carlistas la posesión de Lumbier. Erguida la población sobre una loma, en un ángulo formado por los ríos Salazar e Irati, que allí cerca convergen en las estribaciones de la sierra de Leyre, nudo de comunicaciones, constituía Lumbier un punto estratégico excelente para el dominio de aquella zona de Navarra. Había estado en poder de los carlistas durante dos años; desde que se rindió a Ollo en septiembre de 1873 hasta julio de 1875 en que una operación combinada de las fuerzas de Otal por la parte de Sangüesa, las de Golfín por la de Sos y la Portilla por la de Urroz, hizo que los carlistas se vieran precisados a evacuarla. Durante los dos años había sido gobernador militar de la plaza, el Teniente Coronel don Ramón Leoz y Reta<sup>33</sup> brazo derecho que había sido del guerrillero Lucas Zabaleta en la sublevación montemolinista de 1848.

Tras la salida de los carlistas, fue nombrado gobernador el Teniente Coronel Juan Martorell. La ermita de la Trinidad cuya posesión era absolutamente necesaria para conseguir o conservar la de la villa por dominarla

31 Aunque en su comunicación de la batalla de Lumbier, Pérula silencia totalmente este proyecto, lo declaró él mismo así en su deposición como testigo en la sumaria contra Dorregaray —25 de enero de 1876— en que certifica bajo su palabra de honor que "uno de los objetos (sic) de llevar las operaciones sobre Lumbier fue el de proteger la venida de las fuerzas del Brigadier D. Carlos González Boet, aunque persuadido de que era materialmente imposible que aquellas fuerzas pudiesen llegar sin encontrar al enemigo ocupando fuertes posiciones para impedirles el paso como realmente sucedió". (Sumario citado; fol. 974.)

32 En contraste con su meritoria actuación en la guerra, González Boet se separó, pocos años más tarde, de la Causa Carlista.

33 Abuelo de la familia del mismo nombre residente en Eslava (Navarra) y cuya documentación nos fue cedida gentilmente para su consulta por sus descendientes.

perfectamente desde la sierra de Leyre en que está enclavada, estaba custodiada por la 8.<sup>a</sup> Compañía del Regimiento de Jaén, al mando del Capitán Miranda.

En la mañana del 19 de octubre comenzó el ataque; Larumbe, con tres piezas, cañoneó intensamente a la ermita, pero sus defensores se batían bien, contestando con nutrido tiroteo y para reducir su resistencia, don Mariano, a la tarde, mandó emplazar dos de los cañones a 70 metros de distancia.

Viendo Martorell desde Lumbier la apurada situación de los defensores de la ermita, dispuso que subiera a protegerlos una sección de tiradores con un convoy de 500 raciones, pero los muchachos de Larumbe en ataque a la bayoneta les hicieron dispersarse monte abajo, y aunque se intentó después la subida de otro convoy tampoco pudo atravesar la línea carlista.

Vista por los sitiados la imposibilidad de ser socorridos, el día 21 en que llevaban ya 30 horas de combate decidieron abandonar la ermita y reunirse con los de Lumbier y así lograron realizarlo, pero costándoles 6 muertos y 16 heridos dejando en poder de los carlistas 12 prisioneros que aquéllos condujeron a Bigüezal. Pérula llegó entonces al lugar de la contienda y juzgando con razón que llegarían en breve refuerzos a los sitiados en Lumbier, mandó arreciar el cañoneo a la plaza. Entre tanto él, distribuyó convenientemente sus fuerzas —cuatro batallones y medio, el 1.º, 3.º, 4.º, 9.º y 10.º de Navarra y una docena de piezas de artillería— situando al conde de Caserta hacia Usún, Domeño y Arboniés, y a Larumbe en las posiciones de la ermita.

Contra estas fuerzas el alto mando alfonsino iba a lanzar 30 batallones, 3 regimientos de caballería y abundante artillería. Por tanto las tropas de Don Carlos no llegaban a la sexta parte de las de sus enemigos, pero el tesón de que estaban poseídos y el alto ejemplo que supo infundir en ellas el brigadier Larumbe, iban a escribir en las alturas de Leyre una de las más brillantes páginas de su historia militar. No cabe desconocer tampoco, que lo excelente de las posiciones que ocupaban en la sierra ayudaba a neutralizar un tanto la desventaja de su inferioridad numérica.

Los liberales mientras tanto, reagrupaban sus efectivos. El día 21 llegaban a Lumbier, el general Reina procedente de Tafalla, Rodríguez Espina desde Puente la Reina y Araoz, con su brigada, desde Berdún.

A las once de la mañana del día 22 se sintió vivo fuego artillero y de fusilería sobre el centro e izquierda de la línea alfonsina. Era Larumbe que les hostilizaba desde la sierra, por lo que Reina ordenó a sus baterías que rompiesen el fuego sobre el cerro de la ermita y lanzó al ataque el batallón de Jaén, con dos compañías de tiradores con la orden de atacar de frente las posiciones de la Trinidad. Cuatro horas transcurrieron de porfiado bre-

gar, pero a pesar de haber sido reforzadas por tropas de refresco no pudieron vencer la resistencia de la gente de Larumbe, quien a la cabeza de los suyos acometióles, obligándoles a retroceder hasta Lumbier y causándoles numerosas bajas, entre ellas la muerte del comandante San José, jefe del batallón de Jaén.

Prepararon los alfonsinos varios movimientos de fuerzas combinados, yendo el general Cuadros a las posiciones de Rípodas, Araoz a Domeño y Goñi escalonaba sus contingentes en las inmediaciones de Artieda, pero Larumbe seguía dueño de la sierra de Leyre, y las baterías carlistas molestaban con sus fuegos.

Quiso Reina probar de nuevo fortuna y dispuso la subida de tres compañías de ingenieros y poco después del 1.<sup>er</sup> batallón de Isabel II, al mando del mismo general Rodríguez Espina, quien quiso de este modo levantar el ánimo de sus desalentadas tropas. Penosamente comenzó la ascensión, los liberales aprovechaban algunas ondulaciones del terreno para irse reponiendo a su abrigo de la fatigosa subida, estorbada por el nutrido fuego con que los recibían los carlistas; los soldados se detenían intimidados.

Para no acumular sobre nuestro biografiado elogios que pudieran parecer excesivos o hijos de la parcialidad, preferimos transcribir el parte oficial que de todas estas operaciones dio el General en Jefe de las tropas carlistas, don José Pérula.

Está dirigido al Jefe del Cuarto Militar del Rey, y dice así:

«EJERCITO REAL.—ESTADO MAYOR GENERAL

PARTE DETALLADO DE LAS ACCIONES LIBRADAS EN LAS CERCANÍAS DE LUMBIER DESDE EL 19 AL 22 DE OCTUBRE DE 1875.

Excmo. Sr.: La clase de guerra que nos hace el enemigo, tan impropia de gente civilizada, nos ha obligado hasta ahora a sostener la siempre fatal guerra de posiciones; y la escasez de nuestro ejército, formado de voluntarios, con relación al suyo, reunido por medio de una interminable serie de quintas, nos ha impedido a la vez tomar en algunos casos la ofensiva, como aconsejaban las circunstancias. Este mal, evidente para todos, era de difícil remedio en corto tiempo; sin embargo Dios me ha favorecido, y al fin he podido separar algunos batallones de las líneas sin debilitarlas. Con ellos me propuse operar desde luego y realizar el proyecto que tenía desde hace tiempo de apoderarme del fuerte enemigo denominado La Trinidad de Lumbier. Dueño de él, lo sería de toda la sierra de Leire y dominaría completamente a Lumbier, que podrá resistir algún tiempo, pero sólo a costa de un inútil

sacrificio de sangre y de dinero, si otras circunstancias no favorecían su difícil situación.

Para ocultar al enemigo mi propósito me trasladé de Estella a Sorauren, en la carretera del Baztán, con seis batallones, siete piezas de artillería y un escuadrón, e inmediatamente hice adelantar un solo batallón<sup>34</sup> y los tres cañones Plasencia cogidos al enemigo, a Aoiz, dando orden al coronel Zugasti de que al amanecer del día siguiente, 19 del actual, con los batallones 9.º y 10.º de Navarra, dos cañones de la 5.ª de montaña y el 2.º escuadrón de Navarra, fuerzas que ordinariamente tenía cubriendo las carreteras de Burguete y Navascués, más el 4.º batallón de Navarra y cañones Plasencia que le mandaba de refuerzo, atacase decididamente el fuerte indicado. La circunstancia de haber acudido a mi llamamiento en aquel momento, el Brigadier Larumbe, hizo, que, como más caracterizado, encomendase a este valiente jefe la misión confiada al coronel Zugasti<sup>35</sup>. Como reserva de las fuerzas indicadas dispuse que S. A. el Serenísimo Sr. Conde de Caserta, llevando a sus inmediatas órdenes a S. A. el Duque de Parma, se situase en Aoiz con el 1.º batallón de Navarra, dos piezas de montaña y el 1.º escuadrón del regimiento del Rey.

Todas mis órdenes se cumplieron puntualmente, y mientras el enemigo reforzaba con tres batallones la sierra y fuertes del Perdón, el Brigadier Larumbe con seis compañías del 9.º batallón, encerraba en el fuerte de Lumbier a los 150 hombres del provincial de Jaén que lo defendían, y las tres piezas Plasencia rompían el fuego contra el edificio... Veinticuatro horas resistió el enemigo con un valor digno de mejor causa; pero destrozado el edificio, cortada la comunicación con la plaza, toda resistencia era inútil, y al fin los defensores del fuerte, temiendo el próximo asalto, lo abandonaron, dejando 6 muertos, 16 heridos y 12 prisioneros con algunos fusiles y varios cajones de munición. En estos momentos llegaba yo frente a Lumbier, habiendo hecho adelantar a Aoiz al 3.º de Navarra en reemplazo del 1.º, que había avanzado con SS. AA. y se encontraba en fuego con la guarnición de la plaza.

Después de conferenciar con SS. AA. y el Brigadier Larumbe, ordené que subiesen a la ermita de la Trinidad cuatro piezas de montaña; que se inutilizaran los puentes de Agós y Zuasti; que se rompiese el fuego de cañón contra la plaza, y que el 4.º batallón ocupase las pequeñas alturas que hay entre Rípodas y Lumbier. También dispuse que las piezas Plasencia pasasen

34 El 4.º de Navarra, (nota del autor.)

35 Don José Zugasti, natural de Abárzuza. Leal jefe que acaudilló una partida al principio de la campaña, pasando más tarde a formar parte del ejército regular. (Nota del autor.)

a Aoiz para recomponer su cureñaje, lastimado por efecto del mucho fuego hecho sobre suelo de roca; y por último que cuatro compañías del 3.º batallón vinieran a acantonarse en Domeño.

Era evidente que el enemigo acudiría en socorro de la guarnición de la plaza, muy comprometida, y para este caso tomaba mis medidas. Además documentos que se interceptaron, confirmaban la deplorable situación de los sitiados, situación que no podía ignorar el general en jefe enemigo, ni demorar, por tanto, los socorros tan solicitados.

En la noche del 20 al 21 dispuse que cuatro compañías hiciesen un reconocimiento de los muros de la plaza, para asaltarlos, si había ocasión favorable, pero el enemigo ha construido un verdadero recinto aspillero y no quise exponer mis tropas a bajas inútiles.

A la una de la tarde del 21 ví que una columna enemiga descendía por la carretera por Monreal a Lumbier, y más tarde que otras lo verificaban por las de Aibar y Sangüesa. La fuerza de todas las aprecié en más de 12.000 hombres con mucha caballería y artillería. En la venta llamada del Pintor, a tres kilómetros de la plaza, hicieron alto, y adelantando sólo cuatro compañías con una batería, rompió ésta el fuego contra la establecida en la ermita de la Trinidad, con el fin de impedir que molestase mucho a los seis batallones enemigos que, dos horas más tarde, acantonó en la plaza. Esto no bastó, y a la entrada se les causaron 6 muertos y 15 heridos... El resto de la tarde se empleó por ambas partes en reconocimientos del terreno, que no dejaban duda de que al siguiente día, como anuncié a V. E. se reñiría una batalla, que decidiría la posesión de la sierra de Leire. En esta previsión, y contando yo con cuatro batallones y medio, diez piezas de montaña y dos escuadrones, decidí reducir mi línea de batalla cuanto me fuera posible. Al efecto ordené que cuatro compañías del 1.º de Navarra y dos piezas de la 1.ª de montaña fuesen a reforzar las seis del 9.º, cuatro del 10.º y cuatro piezas de la 1.ª y 5.ª, situadas en la sierra de Leire, al mando del Brigadier Larumbe: en la parte de Castillo-nuevo dejé las dos restantes compañías del 9.º, y en las alturas de Biguezal las otras cuatro del 10.º. La defensa de la regata del río Salazar y carretera de Domeño a Navascués la confié a S. A. el Conde de Casería, que dispuso situar el 4.º de Navarra, las otras cuatro compañías del 1.º y otras cuatro del 3.º con cuatro piezas de la 4.ª de montaña, desde las alturas que dominan a Domeño y Arboniés hasta cerca del portillo de Berroya y sierra de Napal.

A las once de la mañana del 22, las avanzadas de caballería me participaron que una fuerte columna enemiga salía de Lumbier con dirección al valle de Romanzado. Previne a S. A. el Conde de Casería hiciese ocupar

a los dos batallones de su mando las posiciones prefijadas, y me adelanté a observar los movimientos del enemigo. Cuando llegué al camino que de Domeño conduce a Arboniés, ya las guerrillas enemigas, que habían llegado a 1.500 metros, habían hecho alto; daban lugar al despliegue de los 16 batallones que, en cuatro brigadas con artillería y tres regimientos de caballería, se extendían paralelamente a una gran parte de mi línea de defensa. Después de ordenar todas estas fuerzas en columna de ataque, adelantó las dos brigadas de su izquierda, en ademán de envolver mi derecha; ínterin esto acontecía en mi centro y ala derecha, un choque terrible tenía lugar en la izquierda.

A la una de la tarde el enemigo rompió el fuego de cañón contra el alto de la Trinidad, y hacía pasar cuatro compañías el pequeño puente que, sobre el río Salazar, comunica a Lumbier con la vertiente occidental de la sierra de Leire, en que hoy se encuentran los escombros de la ermita, y desplegándolas en guerrilla, subían decididas, más que a proteger un reconocimiento de la posición, a apoderarse de ella; tal parecía ser su resolución. Tan temerario arrojo no podía alcanzar favorable éxito; algunas compañías del 1.º y 9.º de Navarra las obligaron a descender precipitadamente, en medio del nutridísimo fuego de cañón que sin cesar hacían tres baterías enemigas. Una hora después la brigada Goñi intentaba el verdadero asalto, protegida también por el incesante fuego de fusil y cañón que hacían desde la plaza y sus inmediaciones. Tampoco el éxito coronó tamaño esfuerzo; las mismas compañías en guerrilla, apoyadas por cuatro del 10.º, y electrizadas por el ejemplo y entusiasta palabra del Brigadier Larumbe, las rechazaron de un modo imposible de describir.

Imponentes momentos fueron aquellos, Excelentísimo Señor; el continuo estallar de las ocho o diez granadas que por minuto reventaban contra la desnuda roca caliza que forma la árida sierra de Leire, despidiendo cada una, multitud de los cantos rodados y lajas de que está sembrada, el nutrido fuego de fusilería hecho de la plaza y contestado con vigor por nuestros voluntarios, y, por último, el violento choque al arma blanca que en aquella escarpada pendiente tenía lugar, es sin duda uno de los hechos de armas más terribles que puedan realizarse. Hubo momentos de grande ansiedad, pasados los cuales la brigada Goñi se vio obligada a declararse en precipitada retirada, perseguida por las bayonetas de nuestros héroes voluntarios, que sembraron la muerte en sus filas y el espanto en sus soldados, hasta tal punto, que muchos se despeñaron.

Todavía a estas horas, Excmo. Sr. más de cien cadáveres alfonsinos que hay insepultos en la vertiente de la sierra hacia Lumbier prueban la exactitud del hecho. Más de 600 bajas sufrió la brigada Goñi, y exceden de 300 los fusiles que arrojó en su huida. Parecía que desde este momento

## EL QUIJOTE NAVARRO

debía cesar la lucha; pero el enemigo, equivocadamente, creyó que lo que no había conseguido la brigada Goñi lo obtendría otra, después de prodigar municiones de artillería, durante otras cuatro horas, o bien destrozando nuestro centro.

(Relata el ataque enemigo sobre Domeño, rechazado por los carlistas y prosigue):

Desde entonces, seis de la tarde, el resultado de la batalla no era dudoso; nuestro centro y derecha no corría peligro, y en el alto de la ermita el nutrido fuego de nuestros voluntarios evidenciaban que la sierra de Leire era nuestra.

Poco resignado el enemigo con su derrota, al oscurecer hizo bajar rápidamente a Lumbier una brigada que tenía en reserva, y con ella intentó un tercer asalto de la posición de la ermita de la Trinidad. Más débil este ataque que los dos anteriores, igual resultado obtuvo; pero habiendo avanzado menos dicha brigada, dudó más en retirarse, y lo ejecutó con más orden por lo que nuestros voluntarios hicieron sobre ella durante largo rato un mortífero fuego.

A las siete y media de la noche cesó el fuego; el enemigo había sido vencido en toda la línea, a pesar de haber presentado en combate más de 30 batallones, 36 piezas de artillería y tres regimientos de caballería. Durante las seis horas y media de fuego hizo más de 3.500 disparos de cañón con granada Shrapnels y metralla sobre los defensores de la ermita, y más de 600 en el resto de la línea.

Dos graves faltas cometió el enemigo en esta batalla de la sierra de Leire; la una le costó más de 200 muertos y de 900 heridos; entre ellos unos 80 jefes y oficiales, y 5 prisioneros; la otra debió de costarle más cara, si yo hubiese contado con tres batallones más.

Nuestras pérdidas han sido insignificantes relativamente; en Ja toma del fuerte de la ermita tuvimos cuatro muertos y cuatro heridos; y en la batalla, según los partes y relaciones que tengo a la vista, 27 muertos, 53 heridos graves, contándose en este número el teniente coronel Reyero de la 1.<sup>a</sup> de Montaña<sup>36</sup>; el de igual clase Seidel de mi E. M. G. y el comandante García, del 4.<sup>o</sup> de Navarra; 62 leves y muchos contusos. Además un muerto y cuatro caballos heridos.

El comportamiento de los cuatro y medio batallones, diez piezas de montaña y dos escuadrones a mis órdenes, no ha podido ser mejor; es ver-

<sup>36</sup> Alejandro Reyero. Uno de los jefes más entendidos de la artillería del ejército de D. Carlos. A consecuencia de las graves heridas recibidas en esta acción se truncó su carrera militar. Después de la guerra fue delegado de S. M. en el Reino de Valencia. (Nota del autor.)

dad, Excmo. Sr. que, si parte de estas fuerzas estaban entusiasmadas con el noble ejemplo del Brigadier Larumbe, las restantes tenían a su cabeza a los Príncipes de Caserta y Parma. Bien quisiera detallar a V. E. los rasgos de valor de cada uno de los jefes, oficiales y soldados que más se han distinguido; pero son tantos, que no lo considero del caso: De todos he quedado altamente satisfecho, y me atrevo a suplicar a S. M. el Rey nuestro Señor (Q. D. G.) me autorice para recompensar a los que se han hecho más acreedores a su munificencia.

Creo haber participado a V. E. cuantos hechos de armas hemos llevado a cabo estos días, que en mi concepto no pueden ser más gloriosos ni de más brillantes resultados para las armas del Rey nuestro Señor (Q. D. G.).

Todo lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. por si se sirve elevarlo al de S. M.

Dios guarde a V. E. muchos años. Aspuz 24 de octubre de 1875.—  
Excmo. Sr. El General en Jefe del E. M. Gral., José PERULA.—Excmo. Sr. Jefe del Cuarto Militar de S. M.»<sup>37</sup>

A esta comunicación tan altamente elogiosa para Larumbe (y de la que hemos omitido algún que otro párrafo que no le afecta), añadiremos algunos detalles complementarios:

En lo más recio de la pelea, una granada liberal vino a estallar junto a don Mariano, que, jinete en una yegua de gran viveza, moviase de una a otra parte, animando a los suyos; la nubareda de la explosión lo envolvió por completo, y Pérula que desde su puesto de mando lo observaba con atención, cubrióse con las manos el rostro, mientras exclamaba: «¡Pobre abuelico; nos lo han matado!».

Pero, gracias a Dios, había salido ileso, y de nuevo se le vio levantar el sable, y al grito de «¡Viva Carlos VII!», galopar hacia el enemigo, entusiasmado así a los suyos, que cargaban a la bayoneta al clásico estilo navarro<sup>38</sup>.

Mientras tanto, desde Javier, seguían con ansiedad y a simple vista el desarrollo de la acción. Las detonaciones de la artillería estremecían el ánimo de doña Josefa, presintiendo la situación de su esposo, y cayendo de rodillas ante el cuadro de la Virgen del Carmen que presidía su aposento, rezó piadosamente:

«¡Dios mío! ¡Virgen santa! ¡Amparadle!».

<sup>37</sup> Publicado en "El Cuartel Real" de 7 de noviembre de 1875. D. Melchor Ferrer, autor de la Historia del Tradicionalismo Español nos facilitó la copia que insertamos.

<sup>38</sup> Estos datos nos los suministró el que fue muy querido amigo nuestro, D. Manuel de Carlos, antiguo mesonero de Javier, veterano de la Guerra Carlista, y que militó a las órdenes de Larumbe en Lumbier y Peñaplata.

Y Dios quiso que saliese ileso de aquella acción, la que por cierto, dirigió con su habitual traje de paisano, una zamarra negra.

Testigos presenciales aseguraban que, después de Dios, debía don Mariano su incolumidad a la extraordinaria viveza de la yegua que montaba, la que con su continua movilidad no permitía a los tiradores alfonsinos dirigir con precisión la ingente cantidad de tiros que le dispararon.

Aunque el historiador liberal Pirala pretende equiparar las bajas de ambos beligerantes, escribiendo que «las bajas de ambos contendientes fueron considerables», lo cierto es que las de los liberales excedieron en más de un cuádruple a las de sus adversarios, contándose entre ellas, la del Jefe del batallón Provincial de Jaén, comandante don Pablo San José.

Los carlistas trasladaron sus heridos a Irurozqui, en el valle de Urraul-Alto, como lugar a resguardo del campo de batalla. Allí se instaló un pequeño hospital a cargo de las «Ambulancias de la Caridad», institución benéfica promovida por la caridad de Doña Margarita de Borbón<sup>39</sup>.

En aquella pequeña aldea se iban congregando los heridos, que llegaban manchados de sangre y cubiertos de polvo. Sus uniformes rotos también denotaban la brega de la pelea. Bajo las rojas boinas, el semblante de algunos mostraba el rictus del dolor, el de otros retrataba la fatiga. Los ojos febriles resaltaban sobre la piel curtida por tantos hielos y soles, y sus hundidas mejillas indicaban que el hambre había sido la habitual compañera de aquellos hombres durante largas jornadas.

Pero aunque postrados en sus camillas, aquellos cuerpos quebrantados, respiraban energía y decisión, como si estuviesen siempre dispuestos a entrar en la lucha con el mismo entusiasmo con que lo hicieron cinco años antes, cuando su Rey levantó bandera.

Algunos de aquellos voluntarios fallecieron allí<sup>40</sup>.

Dignos en todo de un jefe como Larumbe, los que imitaron su valor en la batalla, imitaron también su Fe, recibiendo en el difícil trance los Santos Sacramentos, y alguno con tal ejemplaridad, que la partida de difuntos, no obstante su laconismo, consigna: «con extraordinaria devoción»<sup>41</sup>.

39 Dicho hospitalillo se instaló en la actual calle de San Adrián, núm. 15.

40 Véase su relación en el apéndice núm. III.

41 Véase apéndice núm. III.

Los voluntarios cantaban su triunfo componiendo las sencillas estrofas de este histórico romance:

«Una noche muy oscura,  
antes del amanecer,  
la rodearon la ermita  
los carlistas de Lumbier.»

«A la mañana siguiente,  
el batallón de Jaén,  
abandonaron la ermita  
y bajaron a Lumbier.»

«Pero no llegaron todos  
al lugar donde quisieron,  
los carlistas les cogimos  
a catorce prisioneros.»

«El batallón de Jaén  
quiso recobrar la ermita,  
pero el jefe que mandaba  
ya lo pagó con la vida.»

«Detrás de la ermita estaban  
los carlistas aguardando  
a entrar a la bayoneta  
y tirarlos bien abajo.»

«Pero a la columna Reina  
que envían a la batalla  
fue el general Larumbe  
quien cortó la retirada.»

«Este general Larumbe  
animaba a los soldados,  
corriendo toda la sierra  
sin temor al cañonazo.»

«Ya se siente el cornetín,  
ya **sonaban** las trompetas  
tocando paso de ataque  
y entrar a la bayoneta.»

EL QUIJOTE NAVARRO

«Bajamos la cuesta abajo  
todos locos de contentos;  
allí caían los guiris  
como en la poda el sarmiento.»

«Corren y no se detienen  
a coger el puente nuevo  
y dejando cuatrocientos  
arrastrando por el suelo.»

«Los paisanos de Lumbier,  
con sello de la Cruz Roja,  
van trayendo los heridos  
al convento de las monjas.»

Y, con la tonada que se inserta en el adjunto gráfico, resumen así la batalla:

«En la sierra de Lumbier,  
que le dicen Trinidad,  
el noveno batallón  
su fama supo cobrar.»

«Los chicos, los chicos,  
los chicos no tienen igual,  
y es verdad,  
pues cada uno vale por ciento  
y tampoco miento si digo un millar.»

«El noveno batallón  
se ha portado que muy bien,  
pues a la columna Reina  
la persiguió hasta Lumbier.»

«Los guiris, los guiris,  
los guiris no pueden triunfar,  
y es verdad,  
porque España es un pueblo cristiano  
y Dios de su mano lo quiere salvar.»<sup>42</sup>

42 Recogido y publicado por Dolores Baleztena. (Obr. cit., pp. 15 y 16.)



Como contrapartida de esta primera fase de la batalla de Lumbier, había que anotar fuera de Navarra, las derrotas de Sierra de Toloño, Peñacerrada y Bernedo. Esto hizo que Pérula se dirigiese a Don Carlos manifestándole que su situación era de extrema gravedad; que le era imposible sostener líneas extensas y que ante el progresivo aumento de las fuerzas alfonquinas era de absoluta necesidad concentrar las suyas, siendo su parecer que a pesar de las últimas jornadas victoriosas en la Trinidad, convenía abandonar las posiciones inmediatas a Lumbier, pues no podía dejar en ellas las fuerzas que a la sazón tenía, sin exponerse a una derrota en otros puntos.

Don Carlos contestó exhortándole a no desmayar y a descargar sobre el adversario golpe sobre golpe con decisión y confianza en Dios. También dirigió una alocución a los voluntarios en la que les declaraba paladinamente las perspectivas nada halagüeñas que para ellos se ofrecían:

«A corazones tan esforzados —les decía—, no se debe ocultar la verdad, que crecerán vuestros alientos al compás que arrecien los peligros. Ciento, doscientos mil hombres, tal vez arrojará Madrid sobre estas provincias, vengan en buena hora. Con soldados como vosotros, sólo se cuenta el número de enemigos después de la victoria... Voluntarios, adelante. Penalties sin cuento nos esperan; hambre, frío, desnudez, cansancio... las

grandes causas necesitan inmensos sacrificios... Voluntarios, con vuestra constancia salvaréis las santas creencias de nuestros padres, salvaréis a España, salvaréis la monarquía, salvaréis vuestras antiguas libertades.»

La batalla de Lumbier no había terminado, faltaba su segunda fase. Larumbe seguía con sus batallones navarros en la montaña de la Trinidad. Junto a aquella ermita que es vigía en las alturas de la fe de un pueblo; allí donde se dirigen las miradas de los lumbierinos en las horas de dolor y de alegría; cuando la sequía agosta la huerta y el campo, o vuela arriba una nube amenazadora y cuando se amontona la era, tras la cosecha abundante, o cuando el viñador baja cantando de sus laderas con los canastos repletos. Allí se encontraba Larumbe y su posición se consolidaba de día en día, pues además ocupaban los carlistas las alturas que rodean a Lumbier, así como las aldeas vecinas de Rípodas, Arboniés y Domeño. Bien que se condolían de ello los «guiris»<sup>43</sup> y así el general Reina telegrafiaba a Quesada desde Lumbier, diciendo que «el enemigo al abrigo de sus fuertes no tan sólo parece que no quiere abandonarles sino por el contrario de día en día se establece más sólidamente sobre ellos, bien por medio de atrincheramientos sucesivos, o bien estableciendo comunicaciones dentro de su misma zona.»

Aunque todavía era principios de noviembre, el invierno hizo aquel año su aparición ya con lluvias y nieves. El temporal perjudicaba a los dos bandos, pero más al carlista que lo tenía que aguantar a descubierto en las alturas. Sin embargo Reina, el jefe liberal con esa falta de lógica del que quiere excusar un fracaso ante el adversario, comunicaba al General en Jefe el 10 de noviembre que «su posición era muy crítica si seguían las lluvias.» ¡Como si a los carlistas no les lloviera!

Por fin decidióse el jefe liberal a salir de la inacción y dispuso que el General Espina intentase la subida a la sierra de Leyre para atacarla en combinación por tres puntos. Obedeció Espina; a la voz de «¡Ya vienen los guiris!» vibraron las cornetas carlistas dando la señal de ataque, pero los liberales no quisieron probar de nuevo el choque y volviendo grupas las tropas alfonsinas se hacinaron en Lumbier.

Estos fracasos ponían en la picota de! ridículo a jefes liberales que hacía ya casi un año habían prometido al recién llegado monarca Alfonso XII la terminación de la guerra de un modo poco menos que fulminante. Por lo cual, volvióse a encargar a Espina que fuese a Berdún para que por el Roncal, Navascués y Salvatierra envolviese la posición de la sierra de Leyre.

<sup>43</sup> Al apelativo de "carcas", que daban los liberales a los carlistas, contestaban éstos con el de "guiris", palabra vasca que significa "piojoso".

Espina, que no se puede negar que tenía tanto de obediente como de testarudo, marchó a Berdún donde pudo comprobar que aquella operación era imposible por ser la sierra tan inaccesible por aquella parte como por la de la Trinidad, y con un molesto temporal de aguas tuvo que regresar a Lumbier confesando de este modo implícitamente que a los batallones carlistas de Larumbe no los echaban de la sierra por la fuerza, aunque para ello se reuniesen todos los alfonsinos del mundo.

Sin embargo, lo que no pudo conseguir todo el poder coaligado de las fuerzas liberales, lo iba a lograr un sencillo mandato del general en jefe Carlista.

En efecto; por aquellos mismos días los carlistas levantaban el bloqueo de Pamplona, debido a que un error táctico del brigadier Martínez Junquera les había hecho perder las posiciones de San Cristóbal y Oricain. Enterado de esto Pérula ordenó el 19 de noviembre a Larumbe que con las precauciones y sigilo convenientes y sin que el enemigo se apercibiese hasta última hora, abandonase la ermita de la Trinidad y demás puntos que creyese oportuno. Basaba Pérula el motivo de esta determinación en que al ocupar el adversario la línea de Oricain, dejaba a los que sitiaban Lumbier aislados y en situación difícilísima, por lo cual ante el riesgo de verse copados se imponía abandonar aquellas posiciones.

Un rayo que a sus pies cayera no hubiese producido a don Mariano tan tremenda impresión como esta orden. ¡Cuando más entusiasmados estaban él y sus voluntarios! Pero, militar disciplinado, obedeció lo que se le mandaba y, con harto dolor abandonó aquellas posiciones en las que se habían estrellado tantos y tan poderosos batallones enemigos.

Envío algunos confidentes a explorar la situación del adversario, teniendo la desgracia de que uno de aquellos<sup>44</sup> fuese muerto en el alto de Loiti el 24 de noviembre por los de la partida del «Cojo de Cirauqui».

El abandono por los carlistas de la sierra de Leyre produjo en los alfonsinos el natural contento, y siguiendo aquello de que «a moro muerto gran lanzada», nada menos que 2.000 hombres acometieron simultáneamente por Salvatierra, Yesa y Lumbier, las alturas abandonadas por el adversario.

Combatir sin enemigo nunca ha sido rasgo brillante; sin embargo, los liberales se felicitaron de aquella fácil operación cual si se tratara de una heroicidad y el general en jefe del ejército del Norte al dar la enhorabuena a sus tropas, el 21 de diciembre, por las ventajas que, a juicio del mismo, habían conseguido durante el año, citaba entre ellas «la liberación de Lumbier».

44 Se apellidaba Bretos y residía en Lumbier. (Véase apéndice IV.)

Por un parte, en recompensa de la acción de Lumbier, Don Carlos honró a Pérula con la gran cruz de San Fernando y a los Condes de Caserta y Parma con otras altas condecoraciones. A Larumbe se le concedió la Cruz de tercera clase del Mérito Militar, pero la realidad es que, dejando a un lado títulos y ascensos, las batallas de Lumbier y sierra de Leyre, señalaban en la vida de don Mariano un jalón de gloria inmarcesible.

## CAPITULO XIV

### XIV. LA ULTIMA BATALLA

*El número contra el valor.—Inacción de Pérula.—El hijo de don Mariano le escribe desde Vergara.—Homérica defensa de Peñaplata.—Larumbe cae herido de gravedad.—Error de algunos historiadores.*

El Gobierno alfonsino decidió hacer un esfuerzo supremo para poner fin a la guerra, y como no quedaban fuerzas carlistas organizadas más que en Navarra y Vascongadas, se decidió aplastarlas enviando al Norte todos los elementos disponibles.

A tal efecto el 14 de diciembre de 1875 se acordó en Madrid un plan de campaña por el que se reorganizaba el ejército de la derecha que, al mando de Martínez Campos, ocuparía el territorio navarro; el de la izquierda, a las órdenes de Quesada, comprendía las tres provincias vascongadas. El conjunto de aquellas fuerzas con sus 131 batallones muy completos, 64 escuadrones, 24 compañías de ingenieros y 37 baterías, representaba el número abrumador de unos 200.000 hombres —más de cinco veces mayor que el de los carlistas— y, como lo reconocen los mismos liberales, «con superabundancia de recursos y toda clase de medios»<sup>45</sup>

A este ejército que por su número, hubiera sido suficiente a Napoleón para conquistar media Europa, los voluntarios carlistas no contaban para oponerle, más que unos 34.000 hombres con mal armamento y escasas municiones y cuyo número comenzaba a mermarse por la desertión.

En aquellas circunstancias, Pérula pasó al cargo de comandante general de Navarra, cesando en el de general en jefe, en que fue sustituido el 11 de diciembre por el conde de Caserta, primo de Carlos VII. Dicho príncipe, que había sido colaborador de Larumbe en la victoria de Lumbier, aludía a ella en el manifiesto que dio a los voluntarios al encargarse del mando.

45 Historia General de España, por Lafuente, continuada por Valera. T. 24, p. 367.

«Soldados de la fe y de la legitimidad —les arengaba— que lleváis en vuestras frentes los laureles de Somorrostro, de Abárzuza, de Biurrun, de Urnieta, de Lácar y de Lumbier, en vosotros confío para vencer.»

Los jefes superiores carlistas en Navarra además del comandante general Pérula, eran Argonz e Iturmendi, generales de división; y Montoya, Larumbe y Martínez Junquera brigadieres.

Llegó enero de 1876, hosco y frío. Nevaba y helaba con harta frecuencia. Las continuas nevadas retardaban las operaciones de ambos contendientes, pero perjudicaban más a los carlistas porque necesitaban más movilidad.

Por fin, el 29 de enero, Martínez Campos emprendía su movimiento hacia Baztán, Quesada adelantaba sus fuerzas por Vascongadas, y Primo de Rivera se apoderaba el día 30 del fuerte de Santa Bárbara de Oteiza.

A Larumbe se envió orden de observar los movimientos que los liberales pudieran emprender sobre la frontera. Fue entonces cuando recibió la carta que le dirigía su hijo desde el colegio de Vergara:

«Vergara, 31 de enero de 1876.

Querido padre:

Supongo estará usted con cuidado por lo que le decía en mi anterior, en la que le incluía otra que era de nuestro inspector para entrarla en Pamplona; de que teníamos los guiris a tres horas de aquí, pues cada vez se nos van acercando más y van fortificando cada palmo de terreno que ganan, y no será extraño que dentro de muy pocos días se disuelva el colegio, pues los profesores que tenemos, como casi todos están comprometidos, ninguno quiere esperar a los guiris, porque el que más y el que menos quiere librarse en cuanto pueda; y le escribo ésta para decirle que vengan a buscarme inmediatamente de recibir la presente, pues el mejor día los tenemos en Vergara y lo menos que nos pueden hacer es pegarnos un puntillazo y dejarnos en la calle y ¿Qué hago yo aquí sin dinero y sin recomendado? Y así yo no puedo seguir aquí y además que soy el que más comprometido estoy de todos los colegiales, pues si llegan a venir y averiguan quien soy, estoy expuesto a recibir cualquier atropello. Por lo tanto, antes que esto se ponga más grave harán lo posible para llevarme. El principal objeto de esta carta, además del que acabo de indicarle, es que el dador de ésta, que es el inspector mío, si tiene ocasión de hablar con usted le enterará verbalmente de lo que por aquí pasa, y le envío a decir que le permita pasar a Pamplona por cualquier que haya libre en la línea, pues tengo gran empeño en hacerle ese favor en recompensa de los muchos que a mí me ha hecho, pues él ha sido el único que se ha cuidado de mí aquí, y en mi enfermedad ha estado continuamente, los ratos que ha tenido desocupado

conmigo, para si me hacía falta alguna cosa, y al tiempo de marcharse ha tenido un gran empeño en llevarme consigo y, por lo tanto, estoy muy agradecido y quiero que le haga usted ese favor.

Hoy he sabido que estaban atacando a Estella y también a la línea de usted, Dios quiera que salga bien de todos los peligros y gane.

En este momento acaban de llegar tres batallones carlistas, y esta noche han venido dos escuadrones, pero uno se desanima al ver batallones de 300 plazas y unos caballos en los escuadrones que parecen esqueletos.

Dará usted mis afectos a todos y especialmente a Laureano y usted reciba un abrazo de su hijo que verlo desea.

Joaquín Larumbe (rubricado)»<sup>46</sup>

Esta carta revela la generosidad de Joaquinito, manifestada en la insistencia con que pide a su padre que atienda al inspector. Y una certera percepción de la realidad. Efectivamente, Quesada tras una serie de movimientos acertados en Vizcaya, se encontraba ya nada más que a tres horas de Vergara, y ante el temor de un contraataque fortificaba el terreno que iba conquistando.

Los temores del chico no eran infundados, si los profesores del colegio se consideraban comprometidos y procuraban tomar las de Villadiego ante la probable llegada de los «guiris», por el temor del trato de que pudieran ser objeto por parte de éstos ¿qué iba él a esperar si se enteraban que era él el hijo del jefe carlista que más tenazmente se les oponía? Lo que él indicaba «expuesto a cualquier atropello por ser el más comprometido de todos los colegiales».

En verdad que humanamente hablando, la situación de aquella familia era ingrata por demás: don Mariano en la línea de fuego haciendo frente, con unos pocos batallones, a las ingentes tropas del Gobierno; su esposa, errante, con el hogar deshecho en el que los diversos registros hechos por los agentes del Gobierno siempre habían dejado triste huella; y el hijo en peligro de caer en manos del adversario.

Don Mariano decidió atender inmediatamente la petición de su hijo y envió persona de confianza que le acompañó desde el colegio hasta el territorio francés.

La situación, entre tanto, se presentaba crítica; las fuerzas carlistas comenzaban a desorganizarse, y si las suyas le seguían con toda disciplina, era gracias al ascendiente que sobre ellas seguía ejerciendo; desde Valdechauri a la frontera no había otras fuerzas carlistas que las suyas y las de Martínez Junquera.

46 Archivo privado de los Srcs. Larumbe.

Mientras este último ocupaba, con dos batallones, las villas de Vera y Lesaca para impedir la unión del general Moriones con el ejército liberal de la Derecha, el brigadier Larumbe, con la brigada de su mando (una batería, un escuadrón y los batallones 2.º y 7.º de Navarra, «muy mermados por cierto» en frase de don Antonio Brea, Jefe de Estado Mayor de Su Alteza Real Conde de Casería) quedaba por encargo de éste con la misión de vigilar los movimientos que los alfonsinos pudieran emprender sobre la frontera.

El día 30 de enero, mientras Primo de Rivera, para distraer a las fuerzas carlistas, amenazaba Estella, atacando por Cirauqui y Mañeru, el General en Jefe del Ejército de la Derecha, Martínez Campos salía de Pamplona con su numeroso Cuerpo de Ejército, veinticuatro piezas de artillería, el parque móvil y el tren de puentes y después de sostener ligeros combates con algunas partidas carlistas que pudieron oponérsele por Elcano y Alzuza, penetraba en Zubiri y pueblos colindantes.

«Al tener conocimiento de esta marcha el brigadier carlista Larumbe, acudió, como se le tenía previamente ordenado, a ocupar con las fuerzas de su mando el Puerto de Velate, para cortar el paso a las tropas del General Martínez Campos quien al ver que no había logrado, por tanto, ocultar su movimiento todo lo necesario para apoderarse por sorpresa del expresado puerto, y reflexionando que el tomarlo a viva fuerza le costaría muchas bajas y tendría que abandonarlo a no detenerse ocho días en fortificarlo y aprovisionarlo, cambió el itinerario, renunció a su propósito de marchar por el camino más corto a Vera, a romper por allí la línea carlista y unirse con el General Moriones, y emprendió el camino de Eugui enviando al General Gamir a tomar el puente de Aztuzarreta, al pie de los Pirineos y el puerto de Iragui, lo cual no pudieron impedir los carlistas por serles imposible cubrir al mismo tiempo tantos puntos; pero apenas advirtió el brigadier Larumbe el cambio de camino del enemigo, maniobró activa y acertadamente sobre su flanco, al través de los montes, y si bien no pudo ya evitar que Martínez Campos llegase el día 1 de febrero a Elizondo, consiguió molestarle en gran manera, sosteniendo bizarramente los carlistas un combate en los altos de Arguinzu y Eucoro, y numerosos tiroteos en distintos puntos, aunque no pudiendo naturalmente detener la marcha de los liberales, primero, por haber cambiado éstos de camino y pasado por el puerto de Ochaverri mientras los carlistas se aprestaban a la defensa en el de Velate, y, después, por no poder ocupar posiciones tan excelentes como para poder hacer frente y rechazar el ataque de tropas tan numerosas como las que llevaba consigo el general Martínez Campos, quien es muy posible que se hubiera visto en grave apuro a pesar de todo, si los carlistas hubiesen podido colocar en buenas posiciones siquiera una brigada bien completa, nutrida y provista de abundantes municiones.»

Estas palabras de Brea constituyen cumplido elogio de la actitud de don Mariano, ya que aquél, además de buen historiador de esta campaña, desempeñaba por aquel entonces el alto cargo de Jefe de Estado Mayor del General en Jefe de las fuerzas carlistas.

Intentando poner remedio a la ya muy crítica situación, S. A. el general Conde de Caserta convocó en Echalar consejo a los jefes de alta graduación que por aquella zona se encontraban. Celebróse el día 3 de febrero y asistieron a él —además del citado Caserta—, los generales Pérula y Argonz, y los brigadieres Larumbe, Pérez de Guzmán (Jefe éste del Estado Mayor de Pérula) y Brea.

Aunque el deseo del Rey era el de que se atacase a toda costa al enemigo, el Conde y Pérula plantearon en el consejo la imposibilidad de hacerlo por la aplastante superioridad numérica de los liberales y las ventajosas posiciones que habían tomado. Larumbe, en cambio, fue el único que se manifestó resueltamente opuesto a lo que aquellos alegaban. Dijo que no obstante reconocer las ventajas obtenidas por los alfonsinos y lo grave de la situación, debía intentarse un nuevo esfuerzo, tanto más digno de realizarse, cuanto que la situación del ejército liberal podía verse comprometida.

No parecían quedar convencidos los interlocutores, por lo que en apoyo de su aserto, expuso don Mariano cómo Martínez Campos, tras su audaz entrada en el Baztán, se hallaba incomunicado con Pamplona; de la otra parte los carlistas ocupaban la frontera de Francia y aduana de Dancharinea; en cuanto al paso de Lastaola, bloques inmensos de nieve le cerraban el paso, acorralándole por completo. Terminó reiterando su idea de que si se atacaba a Campos, la aventura descabellada de éste podía resultarle muy cara; o ser víctima de un copo total, o huir a Francia con pérdidas enormes. Para llevarse a cabo esta operación proponía, como primera providencia, que las tropas carlistas se situaran en el puerto de Otsondo, flanqueando a las de Martínez Campos.

El generalísimo carlista, no obstante su superior posición jerárquica, escuchaba con atención los razonamientos del veterano brigadier. Al fin y a la postre, sus treinta y cinco años escasos quedaban muy por lo bajo de los sesenta y uno en que por entonces frisaba don Mariano.

En un principio quedó aprobado el plan de Larumbe, pero habiéndose tratado después de la forzosa inactividad a que se veían sometidos ambos ejércitos por el continuo temporal de nieves, indicó Caserta que, mientras no amainase aquél, resultaba inútil todo movimiento, por lo que dispuso que Larumbe con su Brigada se situase en Peña-Plata en observación del enemigo y que el resto de las fuerzas allí reunidas se acantonasen por Narvarte y Santesteban.

Salieron del alojamiento y montaron en sus caballos. Pérula —que había perdido la fe en la Causa que defendiera antes con tanto entusiasmo—, se aproximó a don Mariano y dándole unas palmaditas en la espalda, exclamó con cariñoso acento: «¡Ay abuelico! con los años que V. tiene y en esta situación, yo en su lugar, me retiraría a casa»<sup>47</sup>.

Sonrió levemente Larumbe ante aquella insinuación del Comandante General de Navarra, no viendo en ella otra cosa que una frase dictada por la amistad, sin sospechar ni remotamente el fatal desaliento de donde, en realidad, procedía.

Momentos después, Casería y Pérula emprendían la marcha hacia Narvarte, mientras Larumbe se dirigía a Peña-Plata.

Momentos álgidos de la guerra aquellos que iban a precipitar el final de la contienda! Los batallones navarros y en especial los de Larumbe ardían en deseos de pelear, y, sin embargo, Pérula les ordenaba permanecer quietos observando al enemigo, mientras él conducía sus fuerzas —aún relativamente bastante numerosas— en dirección a Estella, donde nadie le llamaba y cuando su obligación era quedarse en el Baztán. Esto favorecía los planes de Martínez Campos, quien rompió por el punto desguarnecido por los batallones carlistas, logrando así ocupar Vera y Dancharinea. De este modo no sólo se libraba de la encerrona que de seguir el plan de don Mariano le hubieran podido tender los carlistas, sino que al ocupar la Aduana, consiguió, de acuerdo con el Gobierno francés, recursos abundantes.

Quedaba, pues, ahora Larumbe entre la frontera y el enemigo, abandonado a sus propias fuerzas. No se amilanó sin embargo, y el 17 de febrero, algunas de sus compañías se dirigieron sin disparar un tiro sobre las posiciones liberales, de las que se apoderaron, así como de 14 prisioneros y 137 fusiles.

Al día siguiente, saliendo Martínez Campos de Urdax, se dirigió contra el Alto del Centinela y las tres Mugas. Los cuatro batallones carlistas que guarnecían aquellas posiciones se batieron en bizarría hasta que rendidos y quemando el último cartucho hubieron de retirarse después de 12 horas de fuego. Así quedaba libre para los alfonsinos el paso de los Pirineos.

Todavía quedaban en poder de los carlistas Peña-Plata y el Alto de las Palomeras, y allá marchó Campos el día 19.

Larumbe, desde su puesto de mando observaba cómo avanzaban hacia ellos en zig-zag las imponentes masas de los liberales: «¡Los tenemos cerca —dijo su fiel ayudante Elarre— así que ...»

<sup>47</sup> Así nos lo refirió don Manuel de Carlos, quien tuvo ocasión de oír la frase de Pérula, por hallarse a la sazón de centinela a la puerta del edificio donde tuvo lugar la reunión de los generales.

Una descarga le interrumpió. La guerrilla enemiga se aproximaba a paso ligero.

¡Cuerpo a tierra! gritó don Mariano.

Los que le rodeaban obedecieron al instante disponiéndose a vender caras sus vidas.

Los alfonsinos cargaban dando gritos y disparando sus fusiles sobre las boinas rojas. Las balas pasaban silbando sobre las cabezas de los navarros que, medio hundidos en la nieve, esperaban la orden de hacer fuego.

Por fin, cuando ya los liberales se aproximaban y se les podía distinguir con claridad, Larumbe alzó el revólver y disparó. Era la señal del contraataque. Un oficial alfonsino cayó inerte sobre la nieve. Los carlistas abrieron un rápido fuego de fusil y su certera puntería obligó a detener la marcha de los atacantes. Luego Larumbe montó a caballo, rasgando el viento con cada disparo sus «irrintzis» de montañés. Y lanzóse al frente de los suyos al contrataque. Pero aquello era luchar contra lo imposible. Las formaciones enemigas se sucedían unas a otras en oleadas que al principio eran de centenares de hombres y después de miles y miles. Y él en cambio no tenía para enfrentarse con aquel alud humano más que cuatro batallones, que eran el 2.º y 7.º de Navarra; 2.º de Alava y 3.º de Castilla con una batería de montaña. Aquello era luchar en proporción de diez a uno sin otra perspectiva que una muerte con honra. Al ver que Pérula se encogía de hombros ante sus insistentes peticiones de refuerzos y munición, comprendió que no quedaba auxilio humano y decidió jugarse el todo por el todo. Puesto al frente de los suyos, tal entusiasmo supo infundirles que durante varias horas el enemigo no pudo avanzar un solo paso, mientras las bajas de su vanguardia —cazadores de Cataluña al mando de Blanco— demostraban la mortal precisión de los fusiles carlistas. Intentó Blanco tres ataques consecutivos a la bayoneta y en todos fue rechazado. Jamás se hubiera apoderado el adversario de Peña-Plata, de haber contado Larumbe con municiones. Las descargas continuaban segando la vida de los combatientes, hasta que se agotó la munición de los carlistas. Fue aquel el peor momento de la lucha. Apercebidos los alfonsinos de lo que ocurría se preparaban para el cuarto asalto cuando Larumbe herido de dos balazos cayó en montón informe bajo su caballo, acribillado también éste de heridas.

Cundió la desmoralización entre los suyos al encontrarse sin jefe y sólo entonces fue cuando el general Blanco al frente del batallón de Cazadores de Cataluña logró llegar a las posiciones de Peña-Plata. A la desgracia de Larumbe se unieron las de los tenientes coroneles carlistas Elío y Angosto, muerto el primero al frente del batallón de su mando, 2.º de Navarra, y herido el segundo. «Cuando ya los "guiris" estaban encima —nos contaba don Manuel de Carlos— me encontré con don Mariano que yacía bajo su caballo

sin poderse mover por la opresión de éste». «¿Quiere Vd. que le quite el sable, le dije, para que no se lo lleven los guiris?»

«No; déjame —contestó—.»

Los momentos eran de confusión; parte de los carlistas convencidos de la inutilidad de todo esfuerzo cruzaban la frontera, mientras otros en un suicida cuerpo a cuerpo cruzaban aún sus bayonetas con los liberales. Pero entre aquel caos, hubo cinco o seis voluntarios que al ver a su general en aquel estado lo sacaron de allá y abriéndose paso entre las bayonetas enemigas lograron trasladarlo al otro lado de la frontera. De este modo le salvaron la vida.

Es pues, completamente inexacto lo que afirman los escritores que narran esta batalla; que Larumbe murió en ella, o a consecuencia de su herida<sup>48</sup>.

Gracias a Dios no fue así; aun había de vivir cerca de siete años, y con los arrestos de siempre en pro de su ideal.

En lo que sí están acertados los historiadores es en la reseña de su actuación:

«El bravo brigadier Larumbe fue el único que desde la entrada de Martínez Campos en el Baztán, intentó y consiguió perturbar la tranquilidad de sus fuerzas, mediante atrevidos golpes de mano, como el de Arráyoz y otros.»

«Martínez Campos avanzó contra las alturas de Peñaplata, el 18 de febrero... El 19, habiéndose hecho cargo Larumbe de las fuerzas de aquella línea, la resistencia llegó a límites increíbles, y nunca hubiera sido rota la línea de haber enviado Pérula, las municiones y refuerzos que, con verdadera angustia le pedía su bravo brigadier, pero Pérula se encogía de hombros... Larumbe, a pesar del abandono en que le dejó su jefe, no cejó en la defensa, y se batió como fiera acosada entre Peña-Plata y las palomeras de Echalar, prefiriendo morir a ceder un palmo de terreno. Puesto al frente de las fuerzas, les comunicó brío y entusiasmo (los buenos jefes siempre encuentran buenos soldados) y realizó una tan maravillosa y épica defensa de aquellas alturas que nunca hubieran sido conquistadas por Martínez Campos, a no haberles faltado municiones.»

48 Así Oyarzun y Nájera. Dice el primero en su interesante "Historia de Carlismo (p. 527)": "El bravo Larumbe cayó gravemente herido y falleció al poco tiempo".

Y el veterano general Pérez Najera escribía: "Pérula, en paseo militar, regresó a Santesteban con algunos batallones, dejándolos allí, cuando su obligación le mandaba llevarlos a las posiciones, pues el día siguiente se dio la sangrienta batalla de las Palomeras de Echalar, en la que cayó herido y murió gloriosamente el heroico general Larumbe" "El Alerta"; 29-XIM916; núm. 29.

## EL QUIJOTE NAVARRO

Pero el panegírico, llamémosle oficial, es el que hace el Comandante General de Navarra, en el parte de la acción comunicado al General en Jefe: «Después de los victoriosos combates —le oficia Pérula desde Yanci—, del 18 y 19 sostenidos principalmente por las fuerzas de Larumbe, hube de ceder el paso a Vera, por falta absoluta de munición Remington no sin haber causado enormes bajas al enemigo. Las fuerzas del brigadier Larumbe consistían en el 2.º y 7.º de Navarra que se han batido heroicamente, Guías, 2.º de Alava, 3.º de Castilla y algunas compañías del 2.º de la misma; hemos tenido sensibles bajas... cuyo número calculo en más de 200».

Ciertamente que el que no quiso o no pudo ayudar a su fiel subordinado —punto éste no aclarado aún suficientemente por la historia—, supo hacerle justicia a la hora de enumerar sus méritos.

## CAPITULO XV

### XV. DE NUEVO EN JAVIER

*Se pliegan las banderas.—En el hospital de Bayona.—Nostalgia del suelo patrio.—Con la frente alta.*

La guerra había concluido... Las banderas cubiertas de gloria, alrededor de las que se habían agrupado los soldados de la Legitimidad, desafiando tormentas de plomo y de acero, pasaban a manos del enemigo que no pudo capturarlas en los combates. La guerra había concluido y aquellos voluntarios, extenuados pero no vencidos, atravesaban un momento crucial. Los más impulsivos, como gran parte de los navarros y algunos de otras legiones, rompían con indignación sus armas para no verse en la humillación de entregarlas al adversario, y se volvían a sus hogares, clamando contra los que ellos juzgaban les habían vendido. Muchos de ellos lloraban de pena y de coraje.

Otros más fríos y serenos, en su mayoría castellanos, cruzaron la frontera en la infausta fecha del 28 de febrero, siguiendo a su Rey en el éxodo. Pronto aparecieron tropas francesas para conducirles al lugar donde debían rendir las armas. Esto era casi innecesario pues la casi totalidad habían sido estrelladas contra los pedregales. Los contados que las conservaban agruparon en un montón, fusiles, sables y revólveres. Los acordes de la Marcha Real que se tocó en el patético momento de la despedida del Rey aún vibraban en el espacio. Luego formando una columna tan rica en triunfos guerreros como abatida en energías físicas fueron desfilando hacia los depósitos de prisioneros que se les señalaban.

El brigadier Larumbe con otros muchos heridos de los batallones navarros, en su mayoría, que habían sostenido la postrera acción de Peñaplata fue conducido al hospital de Bayona<sup>49</sup>. El benéfico establecimiento estaba al cuidado de las Hermanas de la Caridad y en todas las dependencias de la casa se derrochaba cariño para los recién llegados.

Había entre aquellas religiosas varias navarras de nacimiento, de esas monjas navarras, de cualquier congregación, a las que se encuentra por todos los rincones del mundo haciendo el bien a los cuerpos y a las almas.

Aquellas santas mujeres atendían solícitas a todo y a todos con cariño maternal, con heroísmo y sacrificios ejemplares, desviviéndose en la asistencia de los pacientes. Las tocas de las monjitas semejaban blancas palomas que pasaban con suavidad sus alas sobre los cuerpos desgarrados por la metralla, vertiendo en las heridas el bálsamo de la caridad y de la dulzura evangélicas.

Joaquinito que no se había separado del lado de su padre desde que el convoy de heridos llegó al hospital de Bayona, observaba con satisfacción que el proceso curativo marchaba a ritmo acelerado. Afortunadamente de día en día se acentuaba la mejoría y ya para fines de marzo se le daba de alta en el hospital bayonés.

¿Qué orientación tomaría ahora con respecto a su porvenir? No sólo se encontraba sin un céntimo, sino también agobiado por las deudas que para atender a las diversas necesidades de las campañas había ido contrayendo. Se había convertido en un pobre de solemnidad. Pero como la desesperación jamás ha aliviado desgracia alguna, no perdió el aliento, y juzgó que ya que Dios le había asistido en trances más duros que en el que a la sazón se encontraban, no le abandonaría tampoco.

Había que sobreponerse a las circunstancias, volviendo a España a rehacer su hogar deshecho. Y mientras preparaba la tramitación del regreso, marchó a San Juan de Luz, donde se encontraban muchos expatriados carlistas, bastantes de ellos antiguos subordinados suyos.

Y desde allí comenzó a preparar el retorno: ¿Habría algún alma caritativa que se compadeciese de su situación? O por el contrario: ¿encontraría cerradas todas las puertas?

La Providencia por medio del Conde de Guaqui, velaba por él, ofreciéndole de nuevo el cargo de la administración de su castillo y tierras de Javier.

49 Entre ellos D. Mónico Zabaleta, oficial del 7.º batallón de Navarra natural de Eslava, y padre de nuestro querido D. Javier Zabaleta, vecino de Lerga. En lámina 4 su fotografía con el uniforme de oficial, sacada por Ladislao Konarzewski; Rue du Centre núm. 16. San Juan de Luz. La reproducimos del original, cedido por D. Javier Zabaleta, vecino de Lerga e hijo de dicho oficial.

## EL QUIJOTE NAVARRO

Decidido pues ya a volver a España, así lo comunicó a parientes y amigos.

Tenemos ante la vista esta carta suya de dicha época dirigida a un amigo en la que le asegura su próximo regreso:

«San Juan de Luz, 14 de abril del 76.

Mi querido Martín:

Salud le deseo en compañía de buena Vitoriana; la mía es excelente a Dios gracias, así como también la de Joaquinito.

Esta no tiene otro objeto que felicitar a ustedes las Pascuas y asegurarles que probablemente nos veremos en breve de paso para Javier. Mientras tanto, diga Vd. a mi Josefa que tenga un poco de paciencia, y que todos los días que vaya a la Iglesia se llegue al sepulcro de mi querido Laureano (Q. E. P. D.).

Cuídese Vd. mucho, y con afectos para todos los parientes, y al señor Amorena, sabe usted que de corazón le quiere su amigo

M. Larumbe»

Su documentación se había extraviado con las últimas contingencias, por lo que pidió a Berriz, Ministro de Guerra que fue de Don Carlos, el certificado de la concesión de la Cruz del Mérito Militar:

«Don Elicio Berriz y Román, Marisca! de Campo de los Reales Ejércitos, etc., etc\_\_\_

Certifico: Que al Sr. Brigadier, Jefe de la 2.<sup>a</sup> brigada de la división de Navarra, D. Mariano Larumbe, le fue conferida por S. M. el Rey Nuestro Señor (Q. D. G.) la cruz de tercera clase del mérito militar, de las destinadas a premiar servicios de guerra, por su heroico comportamiento en la Trinidad de Lumbier y acciones de la sierra de Leyre, acaecidas en octubre de mil ochocientos setenta y cinco.

Y para que lo pueda hacer constar cuando le convenga, libro la presente como Secretario de Estado y Despacho de la Guerra que era en la fecha citada.

Samadet (Landes) diez y ocho de Mayo de mil ochocientos setenta y seis.

Elicio Berriz (rubricado)»

No se vaya a creer que fueran apetencias de orden económico las que movieron a don Mariano a pedir el certificado que antecede. ¡Buenos estaban los tiempos para que los carlistas encontraran prebendas en la exhibición de

sus méritos de Guerra! Las sinecuras sólo se daban a los del bando liberal, y llamarse carlista era tanto como opositar a la persecución y a la miseria. Pero don Mariano al regresar a España, no lo hace con la turbación de un renegado de su bandera, marcha con la frente levantada, porque sigue siendo el mismo de siempre y como testimonio lleva en su mano, no sólo sin temor sino con digno orgullo la ejecutoria de sus servicios en el Ejército de la Tradición, en aquel ejército a quien, en frase de su caudillo, sólo pudieron vencer «el número y las malas artes».

## CAPITULO XVI

### XVI. FIEL HASTA LA MUERTE

*Visita pastoral.—Saldando deudas.—Una carta contestada con cuatro años de retraso.—Moriones y el «Cojo de Cirauqui» en Javier.—Qué decían de Larumbe sus adversarios.—Los pródromos de la restauración del castillo.—De cara a la eternidad.—Post mortem.*

Poco después del reingreso de don Mariano en el castillo, se hacían los preparativos para la festividad del Santo Apóstol. Ya de víspera se notaba en la villa mayor animación que en otras ocasiones, debido a que aquel año de 1876 Monseñor Oliver, el nuevo obispo de Pamplona que estaba girando su primera visita pastoral a la Diócesis, iba a llegar a Javier.

En efecto, en la tarde del día 2 de diciembre, procedente de Sangüesa, hacía su entrada en el pueblo, visitó la iglesia parroquial, asistiendo después al rosario y novena en la capilla del Apóstol de las Indias.

El día 3, festividad del mismo, a las 7 de la mañana celebró la Santa Misa y repartió la Comunión a diversas personas entre ellas a don Mariano y su familia. Administró el Sacramento de la Confirmación a 26 niños, y a las 10, asistió a la Misa con panegírico del Santo. Luego departió afablemente con don Mariano a quien manifestó la desagradable impresión que le había producido la figura del Castillo, con más aspecto de palomar o cosa parecida que de cuna del Apóstol de las Indias.

Contestóle Larumbe que él también participaba de esa opinión, y que le constaba de los deseos que abrigaba la señora Duquesa para restaurarlo en un futuro próximo.

Durante el año 1877, los esfuerzos de Larumbe tendían a salvar las deudas.

Ya para el año siguiente se fue reajustando algo el equilibrio económico, pero aún así, y con su mayor rigor administrativo, los débitos eran no pocos.

No olvidaba entre otros a don Francisco Azpíroz el bondadoso cura de Aldaz, que sirvió de guía a Don Carlos en su huida tras el desastre de Oroquieta. Don Francisco en aquellos días de angustiosa ruina que fueron para Larumbe los que sucedieron a su regreso de las Marianas, le había prestado, encontrándose ambos en Bayona, 1.104 reales vellón.

Aunque aquel sacerdote que residía en Argentina donde había marchado tras la terminación de la guerra civil, no urgía lo más mínimo a don Mariano el pago de su deuda, no quiso éste abusar de su bondad y en cuanto tuvo 1.000 reales disponibles los entregó a un sobrino que tenía el señor Azpíroz en Pamplona, reservando para otra ocasión la entrega de los restantes y el 11 de junio de 1878 escribió a don Francisco comunicándoselo.

La contestación se hizo esperar nada menos que cuatro años. Véase la carta del señor Azpíroz en la que, después de acusar recibo de la de don Mariano y saldar la deuda pendiente, le habla de otros temas no carentes de interés.

«Monte, 5 de mayo de 1882.

Mi querido amigo don Mariano: A tiempo recibí tu tan grata como razonable carta de 11 de junio de 1878, viendo con sumo placer gozabas de buena salud, lo mismo que tu buena señora esposa y Joaquinito. Dios quiera que al presente continuéis en igual estado; y que hayas podido darle a éste algún estudio más; con mi omisión criminal, criminalísima te he dado motivo aparente para creer que ya no soy tu amigo, y, sin embargo, nada es menos cierto, y espero en tu bondad me perdones y me comuniques el estado de tu salud y de tu familia. Ya me comunicó el sobrino de Pamplona que le entregastes los mil r<sup>s</sup> v<sup>n</sup>. Doy la cuenta por cancelada, regalando los ciento cuatro r<sup>s</sup> v<sup>n</sup> a Joaquinito, sintiendo que no sean más. No se si sabrás que mi pobre hermana murió en Pamplona, en casa de su hija, y mi cuñado en Aldaz donde lo dejaron con el pretexto de guardar mis ajuares.

Precisamente el mismo día que me escribistes fui nombrado cura párroco de este pueblo que no es malo, aunque sí bastante pobre, el casco de él es pequeño, pero la campaña muy extendida, habrá en todo sobre cinco mil almas, celebro dos misas en días de precepto, predicando en una tan solamente, y vivo consagrado tan solamente y con mucho gusto a mi Sagrado Ministerio de modo que siempre soy agradadísimo por nuestro buen Dios y Señor. Por tanto, y en justo agradecimiento, y a fin de compensar de alguna manera la vida disipada que he llevado en mi país por el excesivo amor hacia los míos y mi poco fervor, todos los ahorros que he hecho hasta

el presente los he donado a la Santa Casa de Ejercicios de Buenos Aires, ahorros consistentes en un campo cerrado con dos casitas, que todo ello dará una renta anual como de 10.000 r<sup>s</sup> v<sup>n</sup>; pero sólo he donado la finca para después de mis días, porque como dices tú muy bien, aun hay fe en Israel, y no he perdido las esperanzas del todo de que nos hemos de abrazar en esa nuestra querida y desgarrada Patria.

Por la continua lectura del diario «La Fe»<sup>50</sup>, veo con gusto la marcha que lleva la política liberalesca impía y atea, no sólo la de España, sino la de toda Europa, caminando aceleradamente a su destrucción, y si el Señor nos llama a sus mansiones eternas antes de realizarse nuestro *desideratum* repetiremos las palabras del asesino Orsini en la capilla, cuando el pérfido y monstruo Napoleón le abrió a ella... «Muero gustoso porque Napoleón va a cumplir su promesa». Así diremos nosotros: muero gustoso porque el liberalismo, condenado por el inmortal Pío IX, se sepultará pronto en los abismos; pero ¡ay de las víctimas que va a haber! Esperemos y oremos.

No sé que más decirte, sino es que tengo en casa una escuela abierta con veinte y más niños, teniendo de preceptor a un tal don Manuel Viurrun, de Falces, excelente sujeto tan liberal como tú, hermano de un comandante nuestro en la última campaña. El Ilmo. Sr. Arzobispo, que siempre me pregunta con interés por aquel señor alto a quien tú conociste en Bayona el año 71 y que yo le acompañé el 72 desde Beunza<sup>51</sup> es también un prelado dignísimo, virtuosísimo y sabio, a quien le soy muy deudor por la deferencia con que me trata sin merecimiento.

Cuídate mucho; y con afectos a tu familia, dispón como gustes de tu constante e invariable amigo que te saluda con efusión

Francisco Azpíroz.»

Se deduce de esta carta que la fe en el triunfo seguía inalterable en don Mariano. Lo prueba su frase de «aún hay fe en Israel» a que alude el sacerdote. Y en cuanto a lo de «un sujeto tan liberal como tú» y lo de «realizarse nuestro *desideratum*» indica que el señor Azpíroz conocía a fondo lo ineludible del ideal de su viejo amigo.

Es digna de mención, por lo paradójica, la visita a Javier del general Moriones acompañado del tristemente famoso guerrillero liberal, Tirso Lacalle (a) «el Cojo de Cirauqui». Como ninguno de los dos se distinguía precisamente por su fervor religioso, llamó la atención su presencia en aquel

50 Diario carlista, dirigido por Vildósola. La Hoz y otros notables escritores.

51 Este "señor alto" no es otro que Carlos VII, a quien el año 1872, acompañó el cura Azpíroz, cuando tras la sorpresa de Oroquieta, el Rey hubo de refugiarse en Francia sin otra escolta que su secretario D Emilio Arjona, un guía y el citado don Francisco.

lugar; don Mariano, correcto siempre, no rehuyó su encuentro, y aunque la entrevista fue más bien protocolaria, saludó cortésmente a los que habían sido sus mortales enemigos en el campo de batalla y lo seguían siendo en el de las ideas religiosas y patrióticas.

Suele ser achaque frecuente en los biógrafos el de elogiar sin tasa al protagonista y para evitar posibles sombras, silenciar la opinión de sus enemigos. Los de Larumbe —guerreros o políticos, ya que personales no los tenía—, resultan precisamente sus panegiristas más desinteresados.

Tal vez no habría en toda España anticarlistas más exaltados que los pertenecientes a la exigua minoría liberal de Navarra. Estos, en 1882, publicaron un folleto anónimo con el título de «A la España liberal», en el que se quejaban de que en aquella provincia seguían influyendo decisivamente los partidarios de Don Carlos, y que, como consecuencia de ello, la Diputación había declarado deudas municipales los empréstitos tomados por los Ayuntamientos para atender a servicios de la causa carlista.

Pues bien, en el mismo manifiesto, a renglón seguido de las mayores invectivas contra los «carcas», aluden a la actitud intransigente de Lerga y Larumbe, a los que califican así: «Hombres puros y honradísimos... ante quienes sin haber cruzado ni un saludo, no tenemos empacho en descubrirnos en señal de respeto porque somos subditos de todo lo que sea digno»<sup>52</sup>.

Esto se comenta sólo. La dignidad y la consecuencia son virtudes simpáticas a todo el mundo; de ahí que los mismos adversarios al constatar que en pleno siglo XIX, aún existen Quijotes como Larumbe, se sitúan ante él como se hace ante los personajes extraordinarios; quitándose el sombrero.

Aquel año 1882 debe señalarse con piedra blanca en los anales de Javier, porque de él datan los primeros pasos para su restauración.

Hacía tiempo que doña María del Carmen, la Duquesa de Villahermosa, impulsada por su generoso corazón, concebía proyectos de convertir aquel feo caserón en el solar digno de su ilustre antepasado, pero las azarasas circunstancias de los tiempos habíanle impedido hasta entonces el comienzo de la realización de sus proyectos.

Por fortuna ocupaba entonces la sede episcopal de Pamplona el Ilustrísimo Sr. Oliver, quien desde su primera visita pastoral a Javier sintió el deseo de que mejorase el estado del Castillo, según ya lo había manifestado a don Mariano en aquella ocasión.

El fue quien contribuyó a formar opinión en pro de la idea de la Duquesa, con la publicación en 1882 de un folleto titulado «Loyola y Javier»

52 "A la España liberal. Los parias de Navarra". Madrid. Imprenta de Vda. e Hijos de J. García, 1882. 19 pp. en 4.º

que venía a ser una carta dirigida por dicho Prelado al Provincial de los Jesuítas de Castilla, P. Francisco Muruzábal, en el que después de recordar el natalicio del Santo Apóstol en el Castillo, abogaba por la restauración de aquel monumento, estimulando a la Compañía a que patrocinase el proyecto, y hacía referencia al que abrigaban los Condes de Guaqui.

Esto último lo conocía don Mariano; en uno de sus viajes a Madrid se lo notificaron los Condes, y doña Carmen, todo ilusionada, le mostró el borrador de una exposición que unos meses más adelante, aprovechando la coyuntura de la festividad del Santo, dirigiría su esposo a la Diputación de Navarra. No fue pequeña la alegría que Larumbe experimentó al leerlo. Decía así aquel documento, en el cual, por lo que en él se dice y por lo que se descubre a través de sus palabras, se alcanza en toda su magnitud el intento que hoy vemos realizado:<sup>53</sup>

*«A la Excma. Diputación Toral y Provincial de Navarra.*

Navarra tiene la dicha de contar entre sus hijos al gran Santo y Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, admiración del mundo y bello ornamento de la Iglesia española. Por eso nuestros antecesores le aclamaron Patrón y Protector de la noble y cristiana tierra que le dio el ser. En ella existe su casa solariega, visitada por muchos de los que admiran sus virtudes y quieren contemplar las paredes que le dieron abrigo, o el sitio desde donde dirigió su última mirada y tierna despedida a su patria y familia, para emprender la misión providencial que en Oriente le había de santificar, legando a su patria gloria imperecedera.

Los que tenemos la fortuna de poseer tan preciosa herencia, estamos obligados a conservarla cuidadosamente y a procurar que las autoridades de Navarra, fiel guardadora de todas las tradiciones que engrandecen su historia, cooperen a hacer conocer por todos, los sitios o monumentos que las recuerdan e ilustran.

El Castillo de Javier, cuna de nuestro ilustre y glorioso Patrón, situado no lejos de la ciudad de Sangüesa, carece de camino cómodo y es apenas accesible por malas sendas r. los peatones o viajantes en caballería o pastores que conducen sus ganados. Acercarlo a los centros de más inmediata y general circulación, sería obra digna de aplauso y meritoria para la Diputación que lo hiciera, facilitando así la mayor concurrencia de los que por devoción o interés patriótico quisieran conocer y visitar tan señalado lugar.

El que suscribe, y en representación de su esposa, la Excma. Sra. Doña María del Carmen Azlor de Aragón e Idiáquez, Condesa de Guaqui, propie-

53 Por su excesiva extensión hemos suprimido algún párrafo de menos importancia.

taria del castillo y estados de Javier, tiene la honra de solicitar de la Excelentísima Diputación se digne mandar construir una carretera que ponga en fácil comunicación al castillo con la ciudad de Sangüesa, para lo cual ofrece dar todos los terrenos que sean necesarios y de su propiedad.

El recurrente no duda que la Diputación de Navarra no será menos solícita por la casa de San Francisco Javier que lo es la de Guipúzcoa por la de San Ignacio de Loyola, que tantos bienes morales y materiales proporciona a la provincia, atrayendo multitud de peregrinos que favorecen grandemente toda clase de intereses en los pueblos inmediatos...

La proximidad del castillo de Javier al famoso monasterio de Leyre... permitirá que sea también más fácilmente visitado si la Diputación accede a decretar la construcción de este camino, que pondría en directa y fácil comunicación a la antigua ciudad de Sangüesa con el castillo de Javier y el Monasterio de Leire, sitios y monumentos todos ellos dignos del estudio de los anticuarios, y muy especialmente de la devoción de propios y extraños. Ni es de olvidar tampoco la utilidad que los pueblos de los valles superiores del Pirineo reportarán con este camino que les acercará más y más a la capital de la provincia.

Por todas estas razones, el exponente espera del patriotismo y devoción a San Francisco Javier de la Excma. Diputación Foral y Provincial que se dignará acceder a su petición y decretar la carretera solicitada, entre las que para dar trabajo en este año de escasez se propone construir.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Madrid, diciembre, 3 de 1882.

El Conde de Guaqui.»

Pero don Mariano no iba a lograr ver la realización de los nobles proyectos del Conde.

A fines de octubre, aquella naturaleza, gastada más que por el peso de los años por el de los sufrimientos, se doblegó.

Día 5 de noviembre...

Penumbra con unción de sacro silencio en el aposento del administrador de Javier, convertida ya la estancia en antesala de eternidad.

¡Agónico! ... ¡Cómo pesa la vida! ... Como losa de plomo parece colocarse oprimente sobre su ya trabajado pecho que él levanta con esfuerzo involuntario, abandonado al sólo poder de su corazón desfalleciente. La máquina del hombre pierde su ritmo dinámico. Los bajos intereses y los bastardos egoísmos acaban con la mísera vida. ¡Todo lo sepulta la muerte! Todo

menos el Ideal santo y los méritos que produce, traspasan las lindes de lo finito. Por eso Larumbe no tiembla ante la muerte. El no quiere saber de intereses terrenos y egoísmos. Era un idealista y lo había ofrendado todo por la bandera a cuyo servicio militó.

A los amigos que le visitan les estrecha la mano y saca aún energías para recordarles:

«¡Siempre firmes! ¡Leales hasta morir!»

Y momentos antes de morir repite entrecortadamente con el sacerdote que le conforta las oraciones de los agonizantes, con serenidad, con devoción, con fe y hasta con gozo, con esa satisfacción del cristiano creyente:

«Cuando mis oídos próximos a cerrarse para siempre a las conversaciones de los hombres se abran para oír vuestra voz al pronunciar la sentencia que fijará mi suerte por toda la eternidad... ¡Jesús misericordioso, tened compasión de mí!»

Y al rezar el ruego último por su alma, estrechando el crucifijo fallecía con una muerte digna del caballero cristiano que nunca negó su fe.

«Día seis de Noviembre de mil ochocientos ochenta y dos, habiendo recibiendo los Santos Sacramentos, murió a los sesenta y ocho años de edad<sup>54</sup> en esta villa de Javier, Mariano Larumbe, marido de Josefa Goyeneche natural de Lecumberri: al día siguiente, después del oficio de sepultura, fue conducido su cadáver al cementerio de la misma ya dicha villa de Javier y firmé. Pablo Santesteban Vic.º»<sup>55</sup>

La condolencia por su muerte entre los carlistas fue grande y los testimonios de pésame llegaron numerosos. He aquí el del representante de Don Carlos VII, don Cándido Nocedal:

«Sr. Joaquín Larumbe.

Madrid 9 de Dicbre. de 1882.

Mi querido amigo: con la mayor pena he sabido el fallecimiento de su señor Padre r.i.p. esta noche anuncio en *El Siglo Futuro* rogando a sus lectores q. le encomienden a Dios.

Tanto a V. como a su Señora Madre doy el más sentido pésame, no solo en nombre mío, sino en nombre del Sr. D. Carlos de quien tengo la honra de ser representante, y de todo el partido, V. q.<sup>3</sup> sufre tan grande

54 Eran sesenta y siete, cumplidos en marzo de aquel año.

55 Libro 1.º de Difuntos de la parroquia de Javier, fol. 271.

pérdida de un hombre tan leal y benemérito como su Sr. Padre, que en paz descanse.

Ofende V. a la buena amistad mía, y la de El Siglo Futuro, preguntando el importe de la publicación. El Siglo Futuro tiene obligación de rendir tributo de dolor, lágrimas y oraciones a la buena memoria del brigadier don Mariano Larumbe. Crea V. que le lloraremos y le encomendaremos a Dios todos los fieles cristianos y leales carlistas.

Queda de V. affmo. amigo Q. B. S. M.

C. Nocedal (rubricado)»

Tras esta carta llegó la del que fue Comandante General de los carlistas castellanos en la última guerra, don Manuel Salvador y Palacios:

«Madrid, 16 de Diciembre de 1882.

Mi apreciable amiga Josefa: No puede V. figurarse el sentimiento que he tenido al saber la muerte de mi querido amigo. Doy a V. el más sentido pésame, y no dude que mientras viva no dejaré de encomendarle a Dios.

Puede V. tener el consuelo, que Dios le habrá premiado los trabajos y padecimientos de esta vida; la recompensa de nuestros servicios no nos la pueden dar los hombres, sólo la Divina Justicia puede conocer con la intención y fin que hemos defendido su causa.

Aquí estamos trabajando para que Joaquinito reemplace a su difunto Padre y creo se conseguirá<sup>56</sup>.

Afectos de mi Señora, Cuñadas y Pepe Cadenas, y V. cuente con la inutilidad de su affmo. s. s.

Manuel Salvador y Palacios (rubricado)»

Bien merecía estos elogios don Mariano Larumbe, que si no fue del número de los que inmolaron su vida en los campos de batalla, pertenecía al de los mártires incruentos de aquellos que en frase del más representativo de los Caudillos de la Tradición «entregaron el alma a Dios, en la miseria, matados aún más que por el hambre por las humillaciones. *¡Y TODO POR NO FALTAR A LA FE JURADA, POR SER FIELES AL HONOR, POR NO DOBLAR LA RODILLA ANTE LA USURPACION TRIUNFANTE!*

<sup>56</sup> En efecto, las gestiones de Palacios dieron el resultado apetecido y Joaquinito —ya mozo hecho y derecho— sucedió a su padre en la administración del Castillo de Javier.

APENDICE DOCUMENTAL

**Carlistas fallecidos en el Hospital de Irurozqui<sup>1</sup>**

«En el lugar de Irurozqui a cinco de Diciembre de mil ochocientos setenta y cinco; habiendo recibido los santos sacramentos de Penitencia y comunión por viático murió a las doce de la noche Miguel M.<sup>a</sup> Zazpe, natural de Zabalza, soltero de edad de veintiseis años e hijo legítimo de José Zazpe y Sebastiana Zandueta perteneciente a la 4.<sup>a</sup> compañía del 9.<sup>o</sup> batallón carlista de Navarra. Y al siguiente día después del oficio de sepultura fue conducido su cadáver al Campo Santo. Y firmé. D. Joaquín Iraizoz. Abad Int.<sup>o</sup>.

En la casa Hospital de las ambulancias de la Caridad de Irurozqui a trece de Diciembre de mil ochocientos setenta y cinco, falleció a las doce del día de resultas de su herida, Francisco Ichaso, natural de Navascués de diez y nueve años de edad, hijo legítimo de Fermín Ichaso y de María Larrea perteneciente a la 8.<sup>a</sup> compañía del 9.<sup>o</sup> batallón carlista de Navarra. Recibió los Santos Sacramentos; el Viático en Navascués y la Extrema Unción en Irurozqui. No testó y al día siguiente de su fallecimiento fue conducido su cadáver al Campo Santo después de practicado el oficio de sepultura. Y firmé.

En la casa Hospital de las Ambulancias de la Caridad de Irurozqui, a quince de Diciembre de mil ochocientos setenta y cinco, falleció a la una de la tarde de resultas de erisipela, Miguel Azcárate natural de Cizur Mayor, de veintiún años de edad, hijo legítimo de Agustín Azcárate y de Francisca Acarreta, soltero perteneciente a la 3.<sup>a</sup> compañía del 10.<sup>o</sup> batallón carlista de Navarra. No recibió más que la Extrema Unción, pues estaba sin habla y al día siguiente después de practicado el oficio de sepultura, fue conducido su cadáver al Campo Santo. Y firmé. D. Joaquín Iraizoz Abad Int.<sup>o</sup> (Rubricado)<sup>2</sup>.

En la casa Hospital de las Ambulancias de la Candad de Irurozqui, a diez y nueve de Diciembre de mil ochocientos setenta y cinco, falleció a las once de la mañana a resultas de su herida, Andrés Tolosa, natural de Abaigar, de veinte años de edad, hijo legítimo de Juan Tolosa y de Manuela Urdangarin, soltero, sargento segundo de la 1.<sup>a</sup> compañía del 3.<sup>er</sup> batallón Carlista de Navarra. Recibió con extraordinaria devoción todos los sacramentos y al día siguiente después del oficio de sepultura fue conducido su cadáver al Campo Santo. Y firmé. D. Joaquín Iraizoz. Abad Int.<sup>o</sup> (Rubr.).

En la casa Hospital de las Ambulancias de la Caridad de Irurozqui a veintiséis de Diciembre de mil ochocientos setenta y cinco, falleció a las tres de la mañana a resultas de su herida José Leiza, natural de Arruazu, soltero, de veinti-

1 Lib. I. Dif, fol. 635 y ss.

2 Aquí existe una partida de Francisca Acarreta que es la madre del anterior; había acudido a visitar y asistir a su hijo, y la muerte los llevó con pocos días de intervalo.

## EL QUIJOTE NAVARRO

trés años de edad hijo legítimo de Francisco Leiza y de Josefa Gamboa, cabo primero de la 2.<sup>a</sup> compañía del 10<sup>o</sup> batallón Carlista de Navarra. Recibió todos los Sacramentos y al día siguiente después del oficio de sepultura fue conducido su cadáver al Campo Santo y firmé. Joaquín Iraizoz. Abad Int.<sup>o</sup> (Rubricado).»

### Partida de defunción de Anastasio Bretos

«El día veinticuatro de Noviembre de 1875 fue **muerto** por los de caballería del Cojo de Cirauqui, Anastasio Bretos, hijo de la Inclusa, casado con Justa Ilundain natural de Alzorriz, y al día siguiente fue enterrado en el Campo Santo de este pueblo de Izco por orden del jefe de la partida según manifestó verbalmente Javier Eguaras amo de la casa que llaman Loiti término de Olaz que pertenece a la Villa de Lumbier en cuyo término fue muerto; Se le hizo el oficio de sepultura como lo manda el ritual romano, y por la verdad firmé. José María Sos Abad I.<sup>o</sup> (Rubricado)<sup>3</sup>.»

Javier LARRÁYOZ ZARRANZ

3 Libro I<sup>o</sup>, Dif. fol. 69,v.

## FUENTES

### 1. RELATOS ORALES.

De D. Manuel de Carlos, voluntario del 7.º batallón de Navarra, que militó a las órdenes del brigadier Larumbe.

De D. Luis Morte, de Tudela, contratista que fue en la restauración del castillo y basílica. (Años 1892 a 1891.)

De D. Javier Zabaleta, de Lerga, hijo de D. Mónico, oficial del 7.º batallón de Navarra

### 2. MANUSCRITOS.

Archivo propio de D. Javier Larumbe, nieto de D. Mariano.

Archivo propio de los Sres. Zufiaurre-Aldad de Pamplona.

Archivo del Gobierno Militar de Navarra (sección "Consejo de Guerra ordinario permanente de Navarra". Año 1849).

Archivos parroquiales de Izcc, Irurozqui, Javier y Lecumberri.

### 3. OBRAS IMPRESAS.

Antonio PIRALA, *Historia contemporánea*. Segunda parte de la guerra civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de Alfonso XII. (Madrid, 1906.)

Maechor FERRER, *Historia del Tradicionalismo Español* (Sevilla 1941-1960).

Antonio BREA, *Campaña del Norte, de 1873 a 1816* (Barcelona, 1897).

Juan PÉREZ NÁJERA, (Artículos en "El Alerta" 1916-1917).

Jaime del BURGO, *Bibliografía de las guerras carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX* (Pamplona, 1954).

Román OYARZUN, *Historia del Carlismo* (Madrid, 1939).

José Indalecio CASO, *La Cuestión Cabrera* (Madrid, 1875).

Juan José PEÑA E IBÁÑEZ, *Las Guerras Carlistas* (San Sebastián, 1940).

Dolores BALEZIENA, *Cancionero Popular Carlista* (Publicaciones Españolas, Madrid 1957).